



EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTIFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MEDICAS.

PUBLICACION.

Se publica todos los domingos; formará un tomo cada año.
Los suscritores pueden adquirir con un 10 por 100 de rebaja las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y en el Museo científico.

SUSCRICION.

En Madrid 12 reales el trimestre, en la REDACCION, calle del Espejo, 17, prol.
En PROVINCIAS 15 reales el trimestre en casa de los comisionados, mediante libranzas.
En el Estranjero y Ultramar 50 rs. por un año, y 100 en Filipinas.

RESUMEN.

SECCION DOCTRINAL. El organicismo en la Academia de medicina de Paris.—Breve examen de algunas de sus fórmulas.—**SOCIEDADES CIENTIFICAS.** REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Memoria sobre las analogías y diferencias entre el garrotito descrito por los antiguos médicos españoles, y la angina pseudo-membranosa de los autores modernos; escrita por el Doctor Don Manuel Iglesias, y premiada por la Academia.—Discurso pronunciado por el Sr. Académico Dr. D. Tomás Santero y Moreno, en contestacion al del Sr. Don Ramon Félix Capdevila, en el acto de su recepcion de Académico, en 22 de junio de 1862.—**SECCION PROFESIONAL.** Cuestion enojosa.—**PIENSA MEDICA.** ESTRANJERA. Regeneracion de los tendones.—Investigacion de pequeñas cantidades de iodo en las orinas.—Estornudo excesivo, simpático de la preñez.—Propiedades terapéuticas del mall.—Corteza de saúfrás.—Tratamiento de la pityriasis de la cabeza.—El tratamiento paracético en el delirium tremens.—Sustitucion de la atropina por la daturina.—**PARTE OFICIAL.** SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Sesion literaria del 5 de abril de 1862.—**MONTE-PIO FACULTATIVO.** Secretaria general.—**VARIEDADES.** Viaje científico.—Dos palabras sobre las obligaciones de los subdelegados de Sanidad.—Almanaque médico del mes de setiembre.—Resumen de las observaciones meteorológicas hechas en el Real Observatorio de Madrid en el mes de marzo de 1862.—**CRONICA.**—**VACANTES.**—**FOLLETIN.**

SECCION DOCTRINAL.

El organicismo en la Academia de medicina de Paris.—Breve examen de algunas de sus fórmulas.

No hay cuestion médica, por particular y concreta que parezca, que no sea al mismo tiempo una cuestion de doctrina. Las discusiones académicas, en caso necesario, serian una prueba palmaria de esta verdad: á poco que se prolonguen, acaban por elevarse á la altura de los principios, y desde el anfiteatro ó la clínica, pasan directamente á las regiones de la filosofía.

Nuestros lectores tienen conocimiento del debate sostenido en la Academia de medicina de Paris acerca del bocio exoftálmico. Esta materia, como todas las que se tratan estensamente en aquel recinto, ha inspirado luminosos discursos, entre los cuales vamos á fijarnos hoy en el del señor Bouillaud, porque contiene una fórmula organicista con esplicaciones acerca de esta doctrina, tanto más dignas de tomarse en cuenta, cuanto que proceden de uno de los jefes más acreditados de la Escuela.

Haciendo algunas observaciones sobre las palabras del Sr. Bouillaud, lograremos tal vez que nuestros lectores se penetren del valor de ciertas teorías médicas, y que depurando de este modo las que profesen, acierten á dar á toda su práctica una direccion cada vez más conveniente.

Hé aquí algunos párrafos del extracto que del discurso del Sr. Bouillaud hace la *Gazette hebdomadaire de medecine et de chirurgie*:

«El Sr. Bouillaud felicita á los dos oradores precedentes por el tono de conviccion con que ambos han sostenido sus opiniones, y los aplaude tambien por no haberse limitado á discutir sobre la extraña enfermedad conocida con el nombre de bocio exoftálmico, abordando por el contrario con

este motivo, importantes cuestiones de principios y de doctrina.

«Segun el orador, nuestro cuerpo es una máquina, viva é inteligente sin duda alguna, pero al fin una máquina, y sería tan difícil concebir las enfermedades sin un perfecto conocimiento de los órganos, como saber un artifice en qué consiste el desarreglo de un reloj sin el previo conocimiento de sus ruedas y su mecanismo.

«Dice Beclard, padre: «Las enfermedades suponen órganos enfermos, como las funciones órganos sanos.» Esta, prosigue el Sr. Bouillaud, es una verdad incontestable y sobre la cual se halla el Sr. Trousseau enteramente de acuerdo con el Sr. Piorry. En la actualidad es imposible admitir enfermedades separadas de los órganos; la ontología, desde los duros golpes que le asestó Broussais, no cuenta ya representantes convencidos, ni hay un verdadero partido que la sostenga; la patología fundada en la anatomía patológica, el organicismo, es hoy la doctrina universal, y no un sistema propio de la escuela de Paris; puesto que en todas partes se estudian las lesiones en el cadáver con el propio cuidado que los síntomas durante la vida. Esto no impide que la escuela de Paris admita, como las otras, enfermedades generales además de las locales; y aun cabeles la gloria á los anatomo-patólogos, de haber precisado esta clase de dolencias mejor que se habia hecho antes de ellos.

«Ahora bien; si es cierto que la ciencia ha progresado y que poseemos nociones muy precisas, muy ciertas, sobre el mayor número de enfermedades, ¿no procede tambien designar con nombres precisos y exáctos esas enfermedades, esos estados morbosos? No participo en manera alguna de la opinion tan brillantemente sostenida por el señor Trousseau, de que las mejores denominaciones son las más insignificantes, las que no tienen sentido alguno determinado..... Solo puedo aceptar esta opinion con el correctivo de que tales denominaciones insignificantes sean provisionales, renunciando á ellas en cuanto lleguen á ser completamente conocidas las enfermedades á que se apliquen.»

Hay en las precedentes palabras no pocos juicios erróneos, á nuestro modo de ver, por falta de la necesaria distincion y determinacion de los datos sobre que gira el discurso. Incurre el Sr. Bouillaud en una confusion, muy comun en los organicistas, y de ella emanan sus conclusiones, demasiado esclusivas y faltas de ciertos elementos, que una reflexion más detenida permite tomar en cuenta.

Al empezar diciendo que nuestro cuerpo es una máquina, la distingue de las otras máquinas por sus calidades de viva é inteligente; pero quiere, sin embargo, dejar subsistentes en el todo los caracteres puramente mecánicos, sin advertir que son incompatibles con la vida y la inteligencia que acaba de agregarles. Desde el momento que un cuerpo es vivo é inteligente, ya deja de ser puramente mecánico, siquiera conserve algo de mecánico todavía. Ahora bien,

el lenguaje consagra la palabra máquina para designar un conjunto puramente mecánico; y por lo tanto, decir una máquina viva, es en rigor una contradicción de esta forma: mecanismo puro, no puro. Lo que se enuncia con el nombre de máquina viviente es una síntesis, en la cual desaparece lo que tiene de especial la máquina, para dejar solo lo que tiene de común con síntesis fenomenales de más elevada categoría. La extensión, el número y la fuerza, que en un caso son exactamente limitadas y circunscritas, en el otro figuran como funciones de otra función compleja, y esta circunstancia modifica radicalmente cada uno de los fenómenos. No es lícito hacer la concesión de la vida y la inteligencia para salvar una dificultad, y prescindir luego de ellas, como si lo concedido fuese una mera fórmula de ninguna importancia en las consideraciones sucesivas. Si el cuerpo humano es una máquina viva é inteligente, no es una máquina al fin, sino siempre una máquina viva é inteligente, á no ser que retiremos con una mano lo que damos con la otra, y es preciso aceptar las profundas modificaciones que en esa máquina inducen los importantes elementos con que aparece combinada.

Reflexionándolo bien, veremos, á no dudar, que la vida es en algún sentido antítesis de la máquina; que el uso vulgar lo reconoce así á cada momento cuando se dice, por ejemplo, que los hombres son hombres y no máquinas, que los animales no son meros autómatas, etc. Y por lo tanto, en la frase máquina viva, que equivale á máquina y no máquina, si ha de quedar algún sentido, preciso es que desaparezca todo lo rigurosamente antitético, quedando solo los caracteres comunes á los cuerpos máquinas y á los cuerpos vivos, esto es, el de ser cuerpos. Máquina viva viene, pues, á ser lo mismo que cuerpo vivo, y la comparación materialista, que ha podido ofuscar á tantas personas, por lo demás de buen criterio, se resuelve en una logomaquia, en un juego de palabras, que no trae á la cuestión elemento alguno nuevo.

Para evitar confusiones, sería lo mejor abstenerse de decir que el hombre es una máquina viva é inteligente, pues este lenguaje embrollado y confuso es el más propio para inspirar errores á todo el que no proceda con grande circunspección y conocimiento del valor de las palabras que emplea. Tanto valdría, por ejemplo, decir que el día es una noche

con la claridad del sol, pero noche al cabo, tomando de aquí motivo para sostener que las reglas de la oscuridad son las reglas de la luz; que el color rojo es un blanco con la adición de rojo, pero blanco siempre, etc. La unión de dos contrarios es un fenómeno común en el mundo físico y en el moral; pero de semejante unión resulta una conciliación que no deja subsistir ninguno de los caracteres, que absoluta ó aisladamente considerados aparecen como inconciliables.

Todo depende del punto de vista en que nos colocamos: el mundo en realidad consta de una serie de fenómenos y funciones, en la que abstraemos ciertos grupos, que dividimos por el análisis y agregamos á otros por la síntesis. Un grupo exactamente limitado, como una máquina, por ejemplo, nos ofrece ciertos caracteres y no otros; pero si le agregamos otro grupo, necesitamos á la vez variar de punto de vista, y solo así podrá corresponder nuestro juicio al cambio supuesto en el objeto. En este nuevo punto de vista es donde desaparece la antítesis que antes era un efecto necesario de nuestra consideración aislada, de la existencia absoluta que dábamos á la tesis. Los fenómenos mecánicos considerados simplemente constituyen la máquina, mas en su agregación á la vida, la máquina, que era el punto de vista aislado y exclusivo, desaparece y dá lugar á otro punto de vista más extenso, el del organismo, que en un estado aun más completo, viene á convertirse en ser inteligente.

Por lo demás, si el Sr. Bouillaud se limitara á significar que el médico necesita poseer un conocimiento exacto de la anatomía normal y patológica, nada tendríamos que oponerle; puesto que todo en el organismo está relacionado; nada hay en él insignificante, y el estudio de la disposición material es uno de los más importantes que constituyen la ciencia médica. Pero esto no implica paridad alguna entre la profesión de médico y la de relojero, y los principios en que se fundan estas dos artes son demasiado distintos, por más que se asemejen respecto de algunos puntos, para que deba evitarse la completa confusión que el Sr. Bouillaud propende á establecer.

El punto capital de la cuestión, y sobre el cual llamamos la atención de nuestros lectores, está en las palabras citadas de Beclard: «Las enfermedades suponen órganos enfermos, como las funciones órganos sanos.» Este principio, que el Sr. Bouillaud supone apoyado en la más severa lógica,

FOLLETIN.

BIOGRAFÍA

del Dr. D. JOSÉ GARCÍA ARBOLEYA, catedrático de la Facultad de medicina de Cádiz; por D. RAMÓN HERNÁNDEZ POGGIO.

La casualidad ha traído á mis manos un precioso libro (1) que ha despertado en mi espíritu las más opuestas emociones. Á la dulce satisfacción que el alma siente viendo los escritos de un maestro querido, unese el melancólico pesar de su pérdida; al recuerdo de aquellos días de juveniles goces que pasaron, el amargo sentimiento de la edad presente en que todo es frío é inanimado, porque ya no se ven los objetos al través del prisma encantador de la adolescencia; porque las flores de bello colorido que matizaban el sendero de la vida, se han convertido en secos espinos que á cada paso producen lágrimas. ¡Ay! ¡Estos pensamientos, cuánto acibarán la existencia en la edad madura! Mas es preciso cortar el veloz vuelo de la imaginación ante las ideas que evoca la muerte; sobreponerse al desfallecimiento que la pérdida del sabio Arboleya causa á mi corazón, á fin de poder tributar un homenaje sincero y respetuoso al modesto y entendido profesor, que con sus lecciones supo pintar cual ninguno los padecimientos de la organización humana, trazar las reglas para extinguirlos ó mitigarlos y marcar la vía segura, por la cual el médico llegase á ser el consuelo de esa humanidad tan débil como ingrata.

(1) *Repertorio de medicina hipocrática*, selecta colección de los escritos del doctor Arboleya.

I.

A fines del siglo pasado existía en Cádiz un médico llamado D. Alejandro García Arboleya, dotado de vasta instrucción; pero señalado entonces por la fatalidad como una de sus muchas víctimas, destinado á arrastrar una vida precaria, mientras no sacudiera el pesado yugo de aquella que le oprimía en su deliciosa patria. Inútilmente se afanaba el médico García Arboleya por adelantar en su carrera: un bado fatal se oponía á sus designios; carecía de esa insolente desfachatez para seducir al vulgo necio, que protege al que le engaña, mientras desprecia al hombre modesto é instruido que le brinda con su sólida ciencia.

En medio de estos afanes, contando con una esposa querida y con alguna familia, compartía el día entre los goces del hogar doméstico y el penoso trabajo de una clientela exigente y poco agradecida, que le proporcionaba más disgustos que dinero con que asegurar el porvenir de los suyos. En esta situación amaneció el día 26 de mayo de 1799, en el cual su esposa Doña María del Río le hizo padre de un niño de temperamento linfático y constitución débil, que llamaron José, el que atravesó su infancia en medio del dolor que sus continuos padecimientos le acarreaban. El triste porvenir de este parvulito y demás familia, hacía á D. Alejandro taciturno é inquieto, pues buscaba incesantemente el medio de asegurar el bienestar de los objetos queridos de su corazón: mas el cariño á estos le movía á rechazar la idea de una separación prolongada y esponerse á los peligros de un largo viaje. Pero llegó un día en que despreciando los temores que asallaban su espíritu, se sobrepuso á ellos y surcando los mares, llegó á Méjico, donde cesó su mala estrella, pues adquirió bienes de fortuna y una merecida reputación, que le valió ser médico del virrey de Méjico.

Entonces le fué fácil atender desde aquellas apartadas

incontestable por lo tanto é incontestado, admitido generalmente por todos los médicos, sin que haya uno que formalmente y con convicción milita en bandera contraria; este principio, decimos, es enteramente arbitrario, y solo se apoya en una hipótesis, que la ciencia severamente analiza declara inadmisibile. ¿De qué manera han probado los organicistas que las enfermedades suponen órganos enfermos, esto es, órganos alterados en sus condiciones materiales, que tal es y no otro el sentido que dan á la frase órganos enfermos? ¿Acaso experimentalmente? Ahí está la patología entera, que nos muestra á cada paso dolencias diversas y enfermedades muy complexas, sin lesión perceptible en la parte material, esto es, sin lesión experimental. Mal puede, pues, la experiencia servir de dato cuando no existe. Lejos de eso, un solo hecho negativo de este género basta para establecer que los hechos positivos no constituyen una ley necesaria; ó lo que es lo mismo, bastaría que hubiesen faltado una sola vez las lesiones anatómicas perceptibles, para concluir que no son necesarias, pues á serlo se percibirían por necesidad, como se percibe en efecto que todo fenómeno de vida está unido con fenómenos corpóreos, y esta sí que es una ley indudable, que nadie ha podido negar, á no hallarse tan tenázmente estraviado por el espíritu de sistema, como lo están en sentido opuesto los autores que combatimos.

¿Qué hay, pues, de verdadero en el aforismo de Becard? La verdad es que no se observan funciones vivas sin órganos sanos ó enfermos; pero esa supuesta correspondencia entre vida sana y materia sana, y vida enferma y materia enferma, elevada á la categoría de ley necesaria, solo es una hipótesis admitida con demasiada ligereza, y sustituida en la ciencia á los sanos principios emanados de la experiencia y de la reflexión.

Siendo las enfermedades funciones orgánicas morbosas, claro está que no pueden concebirse sin órganos enfermos, si por esta frase se entiende, lo mismo que por la primera, la síntesis de vida y de condiciones materiales en estado de enfermedad. Pero si la enfermedad se limita á una parte de estos fenómenos, dejando intacta la estructura y todo lo que hay de físico y mecánico en el organismo, ¿qué razón tenemos para exigir sistemáticamente estas últimas alteraciones desmentidas por la experiencia?

regiones á su querida familia, con especialidad á su hijo José, objeto predilecto de su cariño: pues si el amor que inspira un hijo es grande, sublime, profundo, toma proporciones gigantescas cuando aquel sér débil á quien el hombre lega parte de su vida, vé la luz del sol agobiado por la enfermedad y consumido por el dolor. Hé aquí por qué este niño absorbía de un modo preferente la amorosa atención de sus padres, y de donde nació aquella sensibilidad esquisita que tan en alto grado resplandeció después en su corazón. El amor, como todas las pasiones humanas, adquiere su origen en la infancia, se infiltra con la leche que nutre el organismo; y el niño Arboleya, rodeado siempre de tiernos halagos, envuelto de continuo en la embriagadora atmósfera de ardorosas caricias maternales, no podía menos de educar instintivamente su corazón en esa enervante escuela de la sensibilidad, cuya enseñanza se adquiere en el regazo de la mujer; si, en el seno de esa fragante aroma de la creación, nacida para sentir y amar, para experimentar grandes emociones é inspirarlas, para dulcificar los rudos arranques de un alma varonil, dar otra dirección á torcidas inclinaciones y hacer al hombre bueno con el ejemplo de su bondad.

Doña María del Río, señora de eminentes cualidades, con un alma tan tierna como religiosa, y cuya vehemente imaginación vagaba entonces por las fantásticas regiones de los sueños, no pensaba que todo lo que el pensamiento encierra de halagüeño y seductor, la realidad lo destruye con las dolorosas sensaciones del aflictivo desengaño. Pero en la juventud de la mujer todo sonríe, si dominando el amor en el corazón, aquel sume al espíritu en el agitado torbellino de ardorosos deseos y nacientes esperanzas. Doña María se encontraba rodeada de esa felicidad que reina entre los esposos, cuando el amor todo lo avasalla, y por lo tanto, embelesada acariciaba en su mente la idea de una dicha sin límites, enagenándose de placer al pensar en los goces que le propor-

No, lo repetimos: la enfermedad, como la salud, no se conciben sin órganos; pero la primera está lejos de suponer necesariamente lo que los organicistas han llamado órganos enfermos. Conocemos la fuerza de la ilusión que produce un sistema materialista, que concede cierta importancia sustancial ó inmanente, cierta esencialidad á los fenómenos materiales, haciéndolos causa de las funciones propias de la vida; pero esta poderosa ilusión desaparece desde el momento que se rebaja algo de esa importancia dada á la materia, y se la iguala siquiera en valor y en categoría con esas otras grandes leyes que se llaman vida, conciencia, inteligencia; si se renuncia á explicar las unas por las otras; si se comprende su paralelismo, su existencia primitiva, independiente y necesaria. Reconócese entonces que la vida exige el cuerpo como el cuerpo la vida (la idea de cuerpo supone un sér vivo é inteligente que la concibe); pero que el cuerpo sano no supone vida sana, ni la vida enferma cuerpo alterado anatómicamente: que unos mismos caracteres anatómicos acompañan á funciones vivas, sensitivas é inteligentes, muy diversas, y que entre esta diversidad caben las especies patológicas como las fisiológicas. Todos los hombres se distinguen por el conjunto de sus ideas, por el todo que constituye su función intelectual, y á estas diferencias están lejos de corresponder otras halladas paralelamente en sus cerebros. De la misma manera puede el cambio que se verifica de una idea á otra, sin alteración material, efectuarse de un estado de razón á un estado delirante, con igual permanencia de la testura normal. Y esto no solamente puede ser, sino que es y ha sido en la mayoría de las especies morbosas; lo cual prueba que la ley opuesta, lejos de ser una ley necesaria, ni mucho menos, no es siquiera una ley experimental.

Los organicistas insisten, sin embargo; y apoyados en que si bien la correlación de las lesiones vivas con las anatómicas no es una ley dada, es sin duda una ley posible, elevan, sin más preámbulos, esta hipótesis á la categoría de hecho, y en tan frágil y deleznable cimiento fundan todo un sistema, que ¡quién lo diría! ha contado siempre y aun cuenta en la actualidad obstinados y fanáticos defensores.

No se han comprobado, dicen, en muchos casos, esas lesiones materiales que creemos necesarias, pero pueden comprobarse: muchas se han descubierto que antes no se

cionaria el sér que abrigaba en su seno. Mas llegó el momento deseado, y aquel tierno infante que ella creía lleno de salud y lozanía, se le presentó enfermo y delicado; aquel semblante que su fantasía se lo retrataba cubierto de vivos colores, se le ofreció con el pálido tinte del padecimiento.

Entonces conoció la gran tarea que estaba llamada á desempeñar, y entregándose exclusivamente al cuidado de aquella delicada criatura, calorificaba sus formas con su vehemente ternura, y las cristalinas perlas desprendidas de sus maternales ojos las vivificaban, como el rocío de la noche á las místicas flores de los prados. Aquellas largas horas de insomnio pasadas al lado de la cuna que dulcemente mecía á su hijo, las olvidaba llena de gozo cuando al despuntar la aurora, la luz crepuscular bañaba el pálido semblante de su José, en el cual las viruelas habían dejado huellas, que en aquel momento borraban los ardorosos labios de la cariñosa madre, cubriéndolas de besos, no sin haber antes bendecido al Dios poderoso que le conservaba una existencia tan querida, concediéndole también la suficiente vitalidad para desarrollarse: bienes inefables que embriagaban de placer el corazón de doña María, que así había visto llegar á su hijo á la edad de dos años.

¡Pero cuán fugaz es la felicidad en este suelo de infortunios! Apenas había librado de estos peligros, cuando se declara en Cádiz la fiebre amarilla, acrecentando más el terror de sus habitantes la presencia de la escuadra inglesa, mandada por Keith y Abrecombrie, que trataba de bombardear la hermosa ciudad de nuestros mares. Pudo evitarse este último conflicto y restablecer alguna calma en los angustiados corazones de los gaditanos, pero no contener los estragos de la enfermedad epidémica, que en poco tiempo hizo descender al sepulcro más de 8,000 personas. Pero en fin, desapareció el horrible espectro de la muerte al cesar la epidemia, y aquella aterradora imagen que de continuo se presentaba á la aflijida

conocian; lo mismo sucederá con las demás; luego *existen*. Consecuencia temeraria, que constituye una de esas llamadas hipótesis, tan anatematizadas por ellos mismos, y que no son en realidad meras hipótesis, puesto que las hipótesis tienen su legitimidad dentro de su propio terreno; sino hipótesis tomadas por hechos, y elevadas indebidamente á una categoría que no les corresponde.

Véase en los párrafos que dejamos citados, cómo el señor Bouillaud confunde los extremos que acabamos de deslindar, y cómo en prueba de que el principio de Beclard es una *verdad incontestable*, aduce solamente que es imposible admitir enfermedades separadas de los órganos; que Broussais destruyó la ontología, y que en todas las escuelas médicas se estudian las lesiones en el cadáver con el mismo cuidado que los síntomas durante la vida. No se trata efectivamente de ese *mito*, representado por una enfermedad sin órganos, que valdria tanto como suponer un padecimiento sin sugeto que padezca. Desde el principio de los tiempos á nadie puede haberse ocultado que enfermedad y cuerpo enfermo son una cosa idéntica, y que solo la abstracción puede separar hasta cierto punto. Lo que convenia probar, y no se prueba, es que la función viva enferma, que las palpitaciones del corazón, que la disnea, que las digestiones irregulares, que la locura, que las secreciones morbosas, etc., exijan necesariamente un cambio correlativo en el número, volumen, color, estructura y demás caracteres anatómicos de las partes, dado que partes han de coexistir en ambos casos, así en el de salud como en el de enfermedad. En cuanto al prolijo estudio que se hace de las lesiones orgánicas en todas las escuelas, encuentra su razón suficiente en la frecuencia con que se hallan relaciones entre estos trastornos y los demás que constituyen las enfermedades; pero sin negar tal frecuencia ni la importancia de semejante estudio, escuso en que no incurrirá ninguna persona entendida y circunspecta, se puede dejar de admitir esa *necesidad* sistemática que, como dejamos dicho, lejos de hallarse probada, está por el contrario rigurosamente desmentida.

En cuanto á las aplicaciones que de su sistema hace el Sr. Bouillaud á la nosología, ó sea á la nomenclatura de las enfermedades, adolecen del mismo vicio que afecta radicalmente su doctrina. Quiere que la clasificación se haga

precisamente con arreglo á la *naturaleza* y *asiento* de los males, y que solo cuando estos no sean conocidos se adopte un nombre provisional cualquiera. Esto es proceder en el concepto de que debe y puede averiguarse el asiento de todas las enfermedades y la especie de alteración anatómica que las *constituye* (que no otra cosa entienden los organicistas por naturaleza).

Mas si prescindimos de estas viciosas preocupaciones, la cuestión de nomenclatura se resuelve á nuestro entender de un modo muy sencillo. El nombre de una enfermedad puede ser sintético ó analítico: en el primer caso nada dice; limitase á espresar la síntesis, y no recuerda en particular ninguno de los elementos que la componen. El nombre analítico representa uno ó más fenómenos del mal, los que parecen más importantes. Los organicistas, que consideran, no solo lo más importante, sino lo esencial y característico, la alteración de testura, han debido naturalmente optar por las denominaciones analíticas, y propender á una nosología orgánica, suponiéndola capaz de llegar á un alto grado de perfección, cuando haya hecho la anatomía patológica todos los progresos que en la actualidad son de esperar. Pero es lo cierto, que ningún elemento morboso es en general preferible á todos los otros, para convertirle en base de una nomenclatura analítica, de una serie de nombres, no vagos é insignificantes fuera de su sentido sintético, sino espresivos de una ó muchas de las condiciones de cada dolencia: que segun los casos, adquiere mayor importancia tal ó cual elemento, debiendo por lo tanto servir de base para un nombre de esta especie; y que por último, aun adoptada esclusiva y viciosamente la nomenclatura organicista, la serie de casos en que se ha de ignorar el asiento y la naturaleza anatómica de las enfermedades es indefinida, no pudiendo esperarse que llegue el momento en que se complete definitivamente una nosología de tal índole.

Creemos que nuestros lectores no hallarán indiferentes las consideraciones que preceden, ni aun bajo el punto de vista de la práctica; si no carecen del todo de exactitud, ellas, ú otras parecidas, podrán servirles para evitar el terrible escollo del exclusivismo organicista, tan ocasionado á errores trascendentales como cualquier otro exclusivismo.

NIETO SERRANO.

imaginación de doña María, se desvaneció, sin que por ello se entibiasen en su alma los sentimientos religiosos en que reposaba; pues la adversidad es la gran escuela del cristiano, que le enseña á encontrar en la oración la heroica fortaleza para soportar el dolor y resistir los contratiempos. Así lo comprendía aquella piadosa madre, y por eso iniciaba á su José en los preceptos de la religión cristiana, cuyos divinos perfumes purifican de las inmundas emanaciones que exhala el corazón del hombre. Ellos le sirvieron en otra edad para resistir días muy amargos, para dulcificar las terribles horas de aflicción por que tuvo que pasar, y tambien para atraer al buen camino á una juventud extraviada.

Los tiernos cuidados maternos y los consejos de un padre instruido triunfaron de sus enfermedades y de aquella diátesis escrofulosa, arrancándolo mil veces de los brazos de la muerte, para ponerlo en disposición de arribar á la época de la vida en que se cultiva el entendimiento. El gran desarrollo de este superó al limitado de su cuerpo, venciendo con su aplicación los muchos días que las escrofulas, las asonadas y fiestas populares le privaban asistir á los establecimientos de enseñanza primaria, de donde salió entre ocho y nueve años con la instrucción suficiente para dedicarse á otra clase de estudios.

II.

Uno de los momentos más críticos para los padres es aquel en que sus hijos, terminando la instrucción primaria, se ven precisados á decidir la clase de estudios que han de emprender para formar el porvenir de su vida:

En esta situación embarazosa se hallaban los encargados de la educación del joven García Arbolea, que no obstante su delicada constitución, tenía gran inclinación á los trabajos intelectuales, una precoz inteligencia, una clara razón, y sobre todo, un carácter apacible y bondadoso. En vista de las esce-

lentes cualidades que resplandecían en este apreciable joven, decidieron dedicarlo por entonces al estudio del idioma latino, de ese lenguaje de los sabios, universalmente esparcido por el mundo, y en el cual se encuentran escritas todas las obras importantes de la antigüedad, fuentes inagotables del saber, manantial fecundo de nuevos estudios y trascendentales descubrimientos. Con decidida y constante aplicación se entregó el joven Arbolea al conocimiento del latín, llegando á poseerlo con perfección y adquiriendo con él un tacto fino y delicado en la elección de las frases, buen gusto en el estilo y pureza en el lenguaje.

Este importante estudio, que injustamente, casi se vió proscrito de las escuelas en los primeros años del presente siglo, ha sido la inagotable mina en que se enriquecieron los hombres más distinguidos de las pasadas edades y tambien de los tiempos presentes; pero estos, dominados por bastardas pasiones, olvidaron que aquellos principios tan fecundos para el saber, les sirvieron de sosten para engrandecer el círculo de sus conocimientos y les proporcionaron el camino para elevarse á una esfera distinguida en la sociedad: no obstante, estas ventajas las desconocieron de tal modo, que denominaron al latín de las escuelas un guirigay bárbaro, origen de confusas nomenclaturas y de disputas sobre las palabras (1). Solo en un momento de frenesí patriótico puede censurarse de este modo al hermoso lenguaje de Cicerón, Virgilio, Horacio, Marcial, Tito Livio y tantos otros esclarecidos varones, que con sus luces establecieron la base para perfeccionar todos los idiomas; pudiendo decirse sin temor de ser desmentido, que nunca se escribió con más pureza el castellano que en aquellos felices tiempos en que el latín se cultivaba con

(1) Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de la instrucción pública.—Cádiz, 9 de setiembre de 1813.—Obras de D. Manuel José Quintana. Madrid, 1852, pág. 177.

SOCIEDADES CIENTIFICAS.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Memoria sobre las analogías ó diferencias entre el *garrotillo* descrito por los antiguos médicos españoles, y la *angina pseudo-membranosa* de los autores modernos; escrita por el Dr. D. MANUEL IGLESIAS, y premiada por la Academia (1).

Refiriéndonos, pues, á lo que en dicho opúsculo se con-
signa, parece que poco tiempo despues de curada la difte-
ritis, ó cuando no lo está completamente, los enfermos
esperimentan dificultad de tragar, la voz se hace gangosa
y sienten debilidad en los brazos y piernas. La parálisis
empieza comunmente por el velo del paladar, y antes se
atribuia á una consecuencia de la inflamacion de la mem-
brana mucosa que cubre las dos caras de dicho órgano; este
y la úvula se presentan flácidos, colgantes y moviéndose á
impulsos del aire durante la respiracion; así es que el pri-
mero no cierra las fosas nasales, quedando en libre comu-
nicacion estas con la faringe. Los alimentos y bebidas refluyen
por la nariz y suelen pasar á la laringe, cuya abertura
superior tampoco está obturada por la epiglótis.

Los miembros son atacados de parálisis poco despues ó al
mismo tiempo que el velo del paladar, siendo invadidas
generalmente las dos mitades del cuerpo; otras veces predo-
mina la parálisis en un solo lado, y en algun caso se limita
á las partes inferiores. Los enfermos sienten al principio
hormigueo en las estremidades; algunos dias despues se
presenta en ellas embotamiento ó adormecimiento y peso,
cansancio al andar, muy pronunciado cuando tratan de
correr ó de subir escaleras, y en algunos casos no pueden
estar de pié; hay pérdida de las facultades táctiles de los
dedos, y los pacientes están imposibilitados para cojer los
objetos pequenos.

Se presenta parálisis de los músculos del ojo, con estra-
bismo y caída del párpado superior; y tambien se ha obser-
vado la de los músculos de la cara, del cuello, espalda, de
los esfínteres del recto y vejiga, con las alteraciones funcio-

(1) Véase el número anterior.

entusiasta predileccion en la patria de Cervantes; mientras
que al presente, nuestro grave y sonoro lenguaje, como le
llama un literato, se vé desnaturalizado con palabras exóti-
cas, gracias á la moda y á las reformas introducidas en la
enseñanza desde principios del siglo actual, en las que
siempre se ha tratado de copiar los reglamentos de otras
naciones, sin pesar con detenimiento las ventajas ó vicios de
que adolecian. Mas el tiempo, ese severo juez de las acciones
humanas, ha revelado la ligereza de tales innovaciones y la
necesidad de restablecer el estudio de los clásicos latinos.

Perfectamente instruido nuestro jóven en el citado idioma,
y habiendo acostumbrado su entendimiento al estudio, se
hacia indispensable que se iniciase en una de las ciencias
más necesarias al hombre, con especialidad al que se propo-
ne seguir una carrera literaria; tal es la lógica, esa parte de
los estudios filosóficos que marca las reglas para raciocinar
bien y huir del error. Con efecto, el jóven Arbolea aprendió
lógica, nociones de fisica y química, retórica y poética en
diferentes cursos, que ganó mereciendo siempre la nota de
sobresaliente. Robustecido con estos conocimientos prelimi-
nares, fué consultada su vocacion y se decidió por la medi-
cina, por esa facultad escelsa que casi diviniza al hombre
que la ejerce con rectitud, y que tantos triunfos habia propor-
cionado á su padre en América. En su consecuencia, se pre-
sentó á los exámenes de admision del Colegio de medicina y
cirujia de Cádiz, y sus censores quedaron tan complacidos de
los conocimientos que adornaban al jóven examinando, que
desde luego quedó aprobado y admitido de colegial interno
el 1.º de octubre de 1814. Pintar el gozo que se delineaba en
el pálido rostro del nuevo colegial, la satisfaccion que reve-
laba al anunciar este triunfo á su madre; trazar la emocion de
esta al oír tal noticia, es empresa superior á las fuerzas de mi
pluma: pues la exaltacion de esa feliz señora, en aquel mo-
mento de gozo, casi rayaba en delirio, y placenteras lágrimas

nales que son consiguientes á la pérdida de la sensibilidad
nerviosa.—En esta parálisis no existen fenómenos de con-
traccion contráctil en los músculos afectados, es decir, que no
se observan sacudidas, calambres y contracturas: en algu-
nas ocasiones se presenta la anestesia en la piel del tronco y
de los miembros, rara vez hay hiperestesia, y en ciertos
casos se nota una gran irregularidad en la distribucion de la
sensibilidad.

Los sentidos del gusto, olfato, oído, y más particularmen-
te el de la vista, presentan en ocasiones disminucion ó per-
turbacion en sus funciones; hay menor energia en los actos
de la generacion, y algunos enfermos tienen desórdenes de
la inteligencia, pierden la memoria, sus sensaciones son
ligeras ó efímeras, y la reflexion es lenta y perezosa, lo
mismo que los demás actos intelectuales.—El Sr. Trousseau
compara la difteritis á la parálisis consecutiva á un envene-
namiento, y dice que es efecto de una intoxicacion de la
economia por el principio morbozo, que la determina obrando
á la manera de un agente tóxico, como el plomo y los vene-
nos vegetales y animales.

Tal es lo más principal que acerca de la marcha y de los
síntomas de la parálisis que estudiamos, ha manifestado el
Sr. Moynier, segun se desprende de su opúsculo y de un
dictámen presentado á la Real Academia de Medicina de
Madrid, por el Sr. Académico D. Victoriano Usera, sobre
una Memoria que trataba de este mismo asunto.

La parálisis diftérica termina ordinariamente por la cura-
cion, que por lo comun se obtiene al cabo de uno ó varios
meses; sin embargo, suele sucumbir alguno que otro enfer-
mo, sometido á condiciones higiénicas desfavorables, ó
que reclama demasiado tarde los auxilios de la ciencia.

Esta dolencia se creyó debida en un principio á la infla-
macion de la mucosa y de los músculos; pero muy luego se
desechó esta idea, por haberse observado que tambien se
presentaba como consecuencia de la difteritis limitada al
tejido cutáneo. Maingault la considera como una enfermedad
por atonia, y el Sr. Trousseau ha llamado la atencion
sobre la presencia de un esceso de albúmina en las orinas
de los enfermos afectados de esta parálisis, cuyo fenómeno
créese no ser más que la manifestacion local de un trastorno
general, análogo al que se nota en algunas caquexias
que afectan profundamente todo nuestro organismo, y

surcaban su semblante, en el que se retrataba la dulce emocion
de su alma. Mas la naciente felicidad del jóven estaba próxi-
ma á desvanecerse al pisar los umbrales de aquel antiguo y
venerable santuario de la medicina española; aquel bello
horizonte que su juvenil imaginacion le presentaba con tan
brillantes colores, pronto lo iban á oscurecer las negras
nubes de continuos, penosos y repugnantes trabajos, y los
disgustos que experimenta el hombre aplicado y virtuoso en
la sociedad.

Antes de todo tenia que inaugurar su nueva vida con una
costumbre de colegio, muy comun entonces en la mayor parte
de los establecimientos de enseñanza españoles, que el espi-
ritu egoista de los tiempos modernos ha borrado. Esta usanza
estudiantil era diferente en sus formas y denominaciones en
cada punto; pero tenia por objeto que el nuevo alumno obse-
quiase á sus compañeros, y esta reunion de fraternidad era
un medio de relacionarse y crear amistades. En el Colegio de
medicina y cirujia de Cádiz se llamaba á esta ceremonia el
bautismo, reducida á que el colegial de años superiores, en
cuya habitacion iba á morar el nuevo, le presentaba á sus co-
legas, hacian la fórmula de un bautizo, al que seguia un rato
de broma y un refresco, segun las facultades del iniciado. El
carácter apacible y bondadoso del jóven Arbolea, aquel tinte
melancólico que asomaba en su semblante, hicieron ligera
esta chanza juvenil, que algunos critican; pero juzgo de dife-
rente manera: pues ella se encaminaba á estrechar los lazos
de union que deben existir entre los que profesan una misma
ciencia, y de ahí nacieron esas amistades intimas que han
durado hasta el sepulcro, esa mancomunidad de estudios y
trabajos literarios, y por último, esa fraternidad y espíritu
de escuela que ha existido hasta estos tiempos, en que el
individualismo todo lo ha invadido, produciendo esa anarquia
de doctrinas que nos precipitan en el caos.

(Se continuará.)

le disponen al padecimiento de accidentes consecutivos.

La parálisis difterica se cura en algunos casos tan solo por los esfuerzos de la naturaleza, y cuando esto no se verifica, su tratamiento es siempre largo y sostenido. Debe arreglarse preferentemente el buen uso de las cosas higiénicas, prescribiendo una buena alimentación, bebidas tónicas y escitantes, vestidos convenientes, ejercicio moderado y distracciones: se tendrá también especial cuidado en remover aquellas causas que de algun modo puedan debilitar la economía y agravar el estado general que origina y sostiene la parálisis.—Al mismo tiempo deben administrarse los ferruginosos y los tónicos neurosténicos: el Sr. Trouseau recomienda mucho la estricnina y la tintura de la nuez vónica, sustancias que, en concepto de Moynier, son las más eficaces que se conocen para combatir semejante estado, pues bajo su influencia se despierta el apetito, se recuperan las fuerzas y reaparecen la energía y el vigor en todas las funciones del organismo.

Los baños tónicos y las fricciones á lo largo de la columna vertebral y de los miembros, serán convenientes en todos los casos; y por último, en ocasiones deberán preferirse las fricciones con el aguardiente alcanforado, el bálsamo de Fioraventi, vino aromático, etc., etc.; pudiéndose también apelar á la electricidad, cuando todos los modificadores mencionados sean insuficientes para producir en el organismo la escitacion general, que es tan necesaria para la completa curacion de esta parálisis.

Demos con esto por concluido el estudio de la angina pseudo-membranosa, y pasemos ya á determinar las analogías ó diferencias que entre dicha dolencia y la conocida por los antiguos médicos españoles con el nombre de garrotillo, nos hemos propuesto señalar.

TERCERA PARTE.

Analogías y diferencias entre el garrotillo y la angina pseudo-membranosa.

Empresa por demás difícil y embarazosa, propia tan solo de hombres dotados de profunda erudicion y elevado juicio, y de todo punto irrealizable para el autor de estos desaliñados y prolifos apuntes, que careciendo de las dotes necesarias, emprende esta tarea conducido en alas de su amor á la ciencia y á las glorias nacionales, es, en verdad, el referir las dolencias que en tiempos distantes de los nuestros azotaron á la humanidad, á alguna de las individualidades morbosas que en el día figuran en nuestras clasificaciones nosológicas. Y decimos que es siempre árdua y angustiosa semejante tarea, porque con los diferentes tiempos y estaciones aparecen dolencias con síntomas variables al infinito, que hacen no pocas veces difícil, aun para los espíritus avezados, el distinguir cual corresponde, lo accidental de lo constante é invariable; la parte esencial y característica, de la eventual y fortuita; en fin, lo que es propio de la especie patológica, de aquellos otros síntomas que no representan mas que complicaciones, accidentes ó tal vez notables epifenómenos.

Por otra parte, como decia con harto fundamento una de las lumbreras más esplendentes de la Medicina patria, el docto Luis Mercado, ofrécese á la consideracion de los prácticos «vicisitudes de enfermedades, no solo en ciertas estaciones del año, sino por el trascurso de algunos años, en los que principia, florece y toma vigor la naturaleza de una misma enfermedad, que por algun tiempo ha estado como oscurecida; de suerte que parece que los hombres la han echado en olvido, más bien que haberse borrado su especie, y así cuando vuelve como una produccion nueva, causa novedad y admiracion (1):» cuyo notable pasaje nos indica muy á las claras la marcada influencia que en el ca-

rácter, frecuencia y tendencias de los padecimientos, ejerce ese conjunto de circunstancias tan oscuras y mal conocidas, que se comprende en el día con la palabra *constitucion médica*.

Tales razones, y otras muchas que no se ocultan al precioso talento de las personas á quienes van dirigidas estas líneas, nos hacen emprender esta parte de la Memoria, con el íntimo convencimiento de lo difícil que ha de sernos el llenar nuestro propósito con arreglo á las prescripciones del programa, y de conformidad con la práctica de la ciencia; animándonos tan solo en nuestro trabajo el deseo de emplear estas páginas en los provechosos estudios de la Historia de la Medicina española, y la esperanza de ver realizados los nobles deseos de la Academia por personas competentes, y debidamente autorizadas en esta tan interesante materia.

Viniendo ya á ocuparnos del principal objeto del tema que encabeza esta Memoria, debemos empezar manifestando que nos seria imposible contestar á él categóricamente, si desestimando el propio criterio, apelásemos tan solo á la autoridad de los doctos que de estas cuestiones han tratado; porque á la verdad, en ellos se nota la diversidad más completa de opiniones, ya debida á la falta de conocimientos en la materia de que se han ocupado, ó á juicios erróneos y á ideas que no se hallan fundadas en sólidos razonamientos.—Por esto nos es preciso analizar detenidamente este punto de doctrina, esponiendo primero los diversos pareceres que sobre él se han emitido, por profesores españoles y extranjeros.

El Dr. D. Antonio Hernandez Morejon, autor de la *Historia bibliográfica de la Medicina española*, y cuya vastísima erudicion y elevado criterio somos los primeros en reconocer, pagando así el merecido tributo de admiracion á una de nuestras glorias nacionales, se propone en el tomo IV de su preciosa y monumental obra, ventilar la cuestion de que tratamos. Manifiesta primeramente el estado en que la nacion y la literatura se encontraban durante el siglo XVII, y así hace resaltar más y más el mérito de los profesores españoles de aquella época, que en medio de tantas contrariedades, dedicaron su vida en obsequio de la humanidad y en provechoso beneficio de la ciencia; despues de lo cual dice, «que los españoles dieron á conocer dos enfermedades, la una ignorada de los médicos griegos, latinos y árabes; y la otra columbrada por ellos, mas no descrita con la exactitud y precision que lo hicieron nuestros compatriotas.»

Vemos aquí asegurar al Sr. Morejon, «que la dolencia que generalmente se llamaba *garrotillo* por el vulgo, equivale á la angina ulcerosa, gangrenosa y pestilente, losquejada ligeramente por Areteo y descrita por Mercado, Herrera, Nuñez, Gomez de la Parra, Heredia y otros; que de esta especie debe distinguirse el padecimiento que historió el célebre Dr. Juan de Villarreal, porque corresponde al estado morbozo designado en el día con la denominacion de *croup*, y que ya fué separado por este célebre doctor, de la angina maligna ó ulcerosa que tambien reinaba en la época en que escribía.» Es decir, para presentar en resumen la opinion del ilustrado catedrático de clínica médica de la Escuela práctica de Madrid, que afirma haber descrito los españoles dos especies de angina: la ulcerosa ó maligna, generalmente llamada *garrotillo*; y la pseudo-membranosa, conocida por Villarreal, y que en concepto del Sr. Morejon, debe referirse al verdadero *croup*.

Estas son las aserciones que establece el autor de la *Historia bibliográfica de la Medicina española*, y que en verdad no se hallan probadas en la obra á que nos referimos, ni menos están conformes con la doctrina y los escritos de los profesores del siglo XVII. Y con efecto, es una afirmacion en extremo gratuita, el asentar que la palabra *garrotillo* se aplicó más especialmente á la angina gangrenosa, y que Juan de Villarreal describió una enfermedad en un todo distinta de la que pintaron sus coetáneos y predecesores.—Nos atrevemos á pensar de esta manera, porque segun hemos manifestado ya en el lugar correspondiente, el médico oriundo de Ubeda se refirió á la dolencia que desde

(1) Luis Mercado, obra en que se ocupa de las fiebres, pág. 199. —*Cui accessit consilium continens summan totius præsagationis in eodem affectu*.—Valladolid, 1574, en 8.º

algunos años venia aflijendo á nuestra patria, y sobre la cual habian aparecido anteriormente no pocos notables escritos; prefiriendo dicho autor la denominacion de garrotillo, á todas aquellas con que el padecimiento se habia designado, y disintiendo de sus compatriotas en la manera de apreciar su naturaleza y caracteres anatómicos. — Véase, por lo tanto, como no hay razones para establecer que Juan de Villarreal se ocupase de una enfermedad distinta de la que habian observado sus profesores, puesto que ni él así lo asegura, ni, como demostraremos más adelante, su descripcion es esencialmente diferente de las de Fontecha, Mercado, Soto y algunos otros. Solamente lo que si debemos conceder y consignar en este punto, es que el distinguido catedrático de Alcalá se fijó, más particularmente que sus predecesores, en la existencia y caracteres de la produccion pseudo-membranosa; circunstancia que no habia sido desatendida por los demás médicos de su época, como ya dejamos indicado y como más adelante procuraremos demostrar.

Por otra parte, no podemos tampoco convenir con el Sr. Morejon, en que la dolencia que describió Villarreal sea la que en el día se denomina *croup*, es decir, la laringitis pseudo-membranosa; sino que, por el contrario, parecenos que más bien debe referirse á alguna otra especie de las que en la actualidad se admiten, y en la que es indudable que puede presentarse consecutivamente el verdadero *croup*. — No insistiremos más en esta ocasion sobre el punto de que tratamos, por no prejuzgar tanto la cuestion que más tarde hemos de ventilar.

(Se continuará.)

Discurso pronunciado por el Sr. Académico Dr. D. TOMÁS SANTERO Y MORENO, en contestacion al del Sr. D. RAMON FÉLIX CAPDEVILA, en el acto de su recepcion de Académico, en 22 de junio de 1862.

SEÑORES:

La Academia ha tenido la dignacion de confiarme el siempre delicado, aunque honroso cometido, de hacer los honores de recepcion en este día al nuevo Académico, el doctor don Ramon Félix Capdevila, que hoy se presenta á ocupar en los escaños de este ilustre Senado de la Facultad médica española, el lugar que en la Seccion de Medicina dejó vacante la sensible y prematura pérdida del Dr. D. Ramon Altés, su hermano político, y para el cual la Academia le ha creído digno por su reconocido mérito y especiales conocimientos en las materias propias de la Seccion espresada.

Comprometido á este deber por justa deferencia á tan respetable Corporacion, que honra siempre cuando dispensa su confianza y obliga por lo mismo á aceptar sus encargos con el más esquisito miramiento, procuraré corresponder, si no tan dignamente como la elevada consideracion que se la debe, exije de mis escasas facultades, al menos de la mejor manera con que pueda hacerla comprender la ilimitada voluntad con que deseo complacerla. Sirva tambien mi aceptacion de testimonio publico de gratitud hacia el respetable doctor don Ramon Capdevila, padre del nuevo colega, mi antiguo maestro y dignísimo individuo de esta Academia, que conserva su recuerdo con el distinguido aprecio que sus grandes cualidades merecian; de benévola deferencia á la memoria del apreciable compañero, cuya vacante viene á ocupar un digno profesor con quien le unian vinculos de estrecho parentesco; y de sincera amistad hacia el afectuoso condiscipulo con quien junto recibí la esmerada educacion científica que labró nuestra inteligencia en la famosa Escuela de los Gimbernat, Severo Lopez, Hernandez Morejon y Castellós, habilitándonos al propio tiempo para el noble ministerio en que desde entonces nos consagramos al servicio de la humanidad.

Saludo, pues, cordialmente en nombre de esta Real Academia, al practico acreditado, al escritor juicioso, al antiguo colega de estudios y de Agregacion en la Escuela médica de la Universidad Central, al modesto doctor que en el recto desempeño de su destino de Beneficencia, que obtuvo hace años en publico, ciertamente, ha demostrado, sin vana presuncion en varias ocasiones y de diversos modos, su capacidad y buena doctrina, consiguiendo por sus excelentes dotes la preferencia que le ha otorgado este ilustre Cuerpo literario, que al distinguirlo así, no solo premia su mérito, sino que se compla-

ce en estampar de nuevo en su registro el respetable nombre que el nuevo colega heredó del sabio y virtuoso varon que en otras épocas le presidiera.

Mas no debiendo consistir esta solemne ceremonia en un cortés recibimiento hecho al nuevo Académico, que viene á tomar parte con nosotros en los árduos trabajos que de continuo nos ocupan y en la responsabilidad moral que nos afecta, y á compartir igualmente las consideraciones y lauros que proporciona este Cuerpo científico-administrativo del Estado, necesario es que me ocupe, como el Reglamento dispone y la costumbre establece, en hacer algunas reflexiones sobre el profundo discurso que la Academia ha escuchado con tanta complacencia; siquiera sea para poner más en relieve las verdades que contiene, y para hacer resaltar, si necesario fuese, el talento que su autor ha demostrado al desenvolverse con buen criterio el interesante punto sobre que versa.

Por cierto que el asunto que el Dr. Capdevila ha preferido para objeto de su trabajo, revela desde luego un tino y singular delicadeza; pues comentar en esta ocasion el lema que lleva por divisa la Academia que le recibe en su seno, es sobre tributarla con galanteria una muestra de respeto, hacer pública protestacion de convicciones científicas conformes con los sanos principios que en aquella se contienen, y adquirir esplicito y solemne compromiso de contribuir eficazmente á su progresivo y natural desarrollo; lo cual, en el trabajoso periodo de escepticismo y confusion doctrinal que los conocimientos humanos en los actuales tiempos atraviesan, no deja de ser meritorio, sobre todo al tomar plaza en una Corporacion oficial que entre sus altos deberes tiene encomendado en su Reglamento el de conservar y depurar la verdad de una ciencia tan importante, y de dar á las profesiones encargadas de su ejercicio la direccion que el bien publico reclama.

I.

«Ars cum naturâ ad salutem conspirans.»
«El arte y la naturaleza coadyuvan á la conservacion de la salud.»

Hé aqui el Tema del discurso con que el Sr. Capdevila inaugura sus tareas, comentando el aforismo verdadero que orla el escudo de esta antigua y respetable Academia.

No sé con seguridad si tan sabia máxima corresponde á alguno de los ilustres prácticos que eslabonan el siglo de Sócrates con el actual, manteniendo siempre viva en el templo de Esculapio la luz de la pura y sana doctrina que Hipócrates esparciera, ó si es una fórmula determinada por asentimiento tacito y comun de los médicos experimentados, para señalar la base fundamental en que estriba la ciencia del hombre; mas es lo cierto que tan breve y espresiva frase reúne los principios verdaderos de la tradicion hipocrática, y que sienta muy bien en el frontispicio de este augusto recinto, donde se congrega un Cuerpo oficial, conservador por su instituto de las verdades depuradas en el fuerte crisol de la experiencia secular, y promovedor de los positivos adelantos con la madurez y aplomo que la razon necesita para no dejarse arrebatar en alas de la falaz y voluble fantasia.

Prescindiendo, pues, de indagar la genuina procedencia de tan fundada máxima, que siempre viene á ser el emblema de la escuela tradicional, seguiremos al nuevo Académico en la interpretacion que de ella se ha servido hacernos, ayudándole, como mejor podamos, á esplanar su legítimo sentido.

Dos términos comprende el referido apotegma: el arte y la naturaleza, los cuales se relacionan en una aspiracion comun, que tiene por importante objeto el mayor bien de que el hombre goza en su mansion terrenal. La salud, con la que siente el cuerpo ese tranquilo goce, esa placentera sensacion de bienestar, que revela la aptitud proporcionada á la energia de las fuerzas del individuo para el juego armonioso de su actividad fisiológica, y con la cual se encuentra el alma servida libre y desembarazadamente para el eficaz ejercicio de sus facultades misteriosas.

Bien inestimable, cuyo inmenso valor solo se aprecia cuando se ha perdido, y que en faltando, inhabilita y trastorna el estado físico del hombre, altera su carácter y embota su inteligencia ó la perturba, produciendo en el enfermo una trasformacion inconcebible en sus formas corporales, en la sensibilidad moral que le distingue, y en el entendimiento que le engrandece.

La alianza, pues, del arte con la naturaleza constituye un gran poder de accion benéfica para la misera humanidad, que en él encuentra el consuelo de sus aflicciones, el alivio de sus males, y el talisman prodigioso que la aparta de los peligros que asedian de continuo á su existencia precaria.

Veamos, pues, lo que pueden de por sí cada uno de ellos, y la manera cómo, asociados por medio de la razón del médico instruido y experimentado, pueden conseguir el importante objeto que en la máxima se indica.

II.

Es el arte la aplicación metódica de las reglas emanadas del conocimiento de la vida, en el estado normal y en el accidental ó morboso, á la distinción y determinación de las variadas especies de enfermedad, con el fin de curarlas, paliarlas ó precaver su repetición según los casos. De donde viene claramente á deducirse, que el arte médico no es otra cosa que la ciencia llevada de la alta esfera de la razón donde reside, al terreno positivo de la práctica particular, en la que, alumbrado el perito por sus claros refugos, y con el auxilio de las indicadas reglas, mira, observa, rebusca y escudriña los fenómenos que le sirven de medios para descifrar el enigmático secreto de las perturbaciones que alteran la salud del enfermo, fundando en su recta apreciación el juicio que le induce á ordenar el conjunto de recursos, cuya acción solidaria ha de producir el cambio regulador que se propone.

El arte, pues, viene á ser el reflejo del saber que el médico alcanza, no pudiendo existir sino por la ciencia, que es su faro de iluminación; como el ojo no existiría para sus funciones, si el gran lumínar del universo dejara de enviar sus radiantes rayos á los cuerpos que, devolviéndolos de su superficie en variadas inflexiones á los órganos que los perciben, graban en la membrana retiniana la impresión que hace apreciar su color, su estado y su figura.

No es, en efecto, el arte ni puede ser monstruoso producto de la ignorancia; del empirismo ciego ó del repugnante escepticismo; porque el que ignora, hallase incapacitado para determinar actos conscientes; el que observa y no interpreta ni generaliza, no puede formar conocimiento positivo en qué apoyar un proceder legítimo; y el que ofuscado cierra su razón á la llama de la verdad que no comprende, se inhabilita moralmente para entrar en el escabroso terreno de la práctica, donde se responde á la ley y á la conciencia de todo lo que se hace, porque la incredulidad seca la inteligencia y la esteriliza para los resultados, y si alguno ofrece, por desgracia, es tan dañino y protervo como la ponzoña del letal áspid ó los miasmas del infecto Nilo.

La ciencia y el arte son en realidad una misma y sola cosa, pero ocupándose del objeto á que se refieren bajo diferentes aspectos. La ciencia recoge los hechos, los analiza, los compara, abstrae lo que tienen de común y generaliza después esta noción, que comprende todos los particulares en su conjunto; remontándose, como dice Laplace, de los fenómenos á las leyes, y de las leyes á las fuerzas, y determinando así los principios ó conocimientos generales que señalan las causas eficientes de los fenómenos observados en su vasta generalidad. De este modo se representa el saber del médico sobre el objeto concreto de su estudio, constituyendo la ciencia particular que se ocupa de la vida del hombre, en los diversos estados fisiológico y morboso. El enlace de estos principios en la debida armonía y conexión, da lugar á los sistemas, de cuya esplanación proceden las teorías sobre los principios secundarios: ofreciendo el conjunto de todas las teorías subordinadas á aquellos principios y ajustadas á un criterio común, la doctrina, que todo lo abraza, lo particular y lo general, lo abstracto y lo concreto. Formada así la inteligencia sobre la universalidad del orden de fenómenos á que se aplica, es como únicamente puede intervenir el médico, cual diestro piloto, en la dirección curativa de las dolencias humanas. Siendo capaz de apreciar todas las circunstancias y condiciones con el fiel regulador del buen sentido; sabiendo de antemano, por el mapa nosográfico de los anales de la ciencia, los escollos que se deban salvar para evitarlos; calculando con la brújula de su saber el rumbo que debe seguirse, y atendiendo á la estrella polar de la verdadera experiencia, es como adquiere aptitud para disponer las diestras maniobras que han de conducir el bajel combatido de la vida, al través de los grandes riesgos y peligros que las enfermedades le presentan de continuo.

El arte, impulsado por el fuego de la ciencia y dirigido por las reglas que el sistema á que obedece le han trazado de antemano, atiende á los casos particulares que se someten á la observación; los aprecia en sus pormenores; los descompone para estudiarlos y buscar la relación de los antecedentes adquiridos y de los elementos que descubre; los interpreta según la doctrina de que la razón del observador se halla poseída, y traza después el procedimiento que debe seguirse

para la curación ó alivio del mal que representan. Con razón dijo, pues, el célebre inventor de la *Anatomía general*, que *la teoría refluye sobre la práctica*; es decir, que la razón dirige el proceder del arte.

(Se continuará.)

SECCION PROFESIONAL.

CUESTION ENOJOSA.

Por el artículo del Sr. D. José Longoria y Carvajal, inserto en el número 430, y por el comunicado del señor don José Alarcon y Salcedo que se publica á continuación, veo con harto sentimiento que estos dos apreciables profesores tienen todavía abiertas las heridas que con motivo de un asunto médico-legal se infirieron mutuamente en época no muy lejana. Solo de este modo puedo explicarme el desenlace que ha tenido la importante cuestión promovida por el curioso *Caso de superfetación*, publicado por el primero de estos señores. Yo que he tomado una pequeña parte en ella, y que he leído sin pasión los escritos de uno y otro, puedo asegurar que no esperaba, porque no había motivo para ello, que el asunto concluyera de la manera que ha concluido. Y voy á decir con imparcialidad mi opinión.

La interesante observación práctica publicada por el Sr. Longoria figurará, á pesar de las dudas que ofrece, en el catálogo de los hechos raros que se citan para ilustrar las cuestiones de la superfetación, y el Sr. Longoria no podrá evitar que cada médico la juzgue y la interprete á su manera, según ha visto que lo hemos hecho, aunque en sentido bastante análogo, el Sr. Alarcon y yo.

Antes de publicar el primer artículo del Sr. Alarcon y Salcedo, lo leí con detención, temiendo que hubiera en él algo que revelara el resentimiento de este profesor contra el Sr. Longoria; y recuerdo muy bien que, después de su lectura, dije á uno de los directores de este periódico:— «Está bien tratada la cuestión, y no contiene nada que pueda ofender al Sr. Longoria; es probable que estos dos profesores se hayan reconciliado.»

Siento haberme llevado chasco. En el segundo artículo del Sr. Alarcon, ya se descubren algunas frases que parecen escritas en sentido irónico; pero francamente, se necesita mucha suspicacia en el lector, ó la prevención de ánimo del Sr. Longoria, para interpretarlas de la manera que lo ha hecho este en su último artículo, escrito indudablemente bajo la influencia de su antiguo resentimiento.

Mi amigo el Sr. Longoria creará que al espresarme así me decido por el Sr. Alarcon y Salcedo y me olvido de los inmerecidos elogios que me ha tributado en sus excelentes escritos; pero se equivoca: la mejor prueba de afecto y de la gratitud que pueda dar á mis amigos, es la de decirles la verdad sin consideraciones de ningún género. *Bonus animus nunquam erranti obsequium accomodat*. El buen amigo, nunca en el yerro del amigo consiente.

Por lo demás, estoy tan persuadido de lo infundada y baladí que es la querrela existente entre los Sres. Longoria y Alarcon, y tengo tanta confianza en la tolerancia y la bondad de estos profesores, que me prometo alcanzar de ellos una pequeña gracia en señal de mutuo compañerismo: la de aceptar un abrazo mío y devolvérmelo acompañado de una nota, en la cual manifiesten simultáneamente que dan al olvido sus pasados y presentes motivos de discordia. No duden que este paso, cuya realización me llenaría de júbilo, les atraerá las simpatías de todos los profesores; y no duden tampoco que «toda concesión hecha por un deber de nuestro corazón á las conveniencias sociales, es un medio para asegurar la paz de nuestro porvenir.»

Hé aquí ahora el comunicado del Sr. Alarcon y Salcedo, del cual me he tomado la libertad de suprimir alguna frase que podía parecer fuerte al Sr. Longoria, para que la mutua reconciliación que deseo no tropiece con la más mínima dificultad.

BENAYENTE.

Sr. Director de EL SIGLO MEDICO.

Grado y agosto 20 de 1862.

Muy señor mío: Acabo de recibir el núm. 430 de EL SIGLO MEDICO, correspondiente al 17 del corriente, y en el mismo he leído con harta sorpresa un comunicado de D. José González Longoria, que extraño haya sido admitido por esa Redacción.

Creía yo que al publicarse un hecho práctico se sometía al juicio imparcial de todos los profesores; y aun cuando no me creo autoridad en la ciencia, tomé la pluma para decir mi opinión acerca de los escritos del Sr. Longoria, porque siempre he creído estar adornado de sentido común, y ser hombre dedicado al estudio y a la práctica de la ciencia de Esculapio. Si mi crítica, si mis dudas no han agradado al tocólogo ovetense, podía haber pulverizado mis ideas con razones y solo con razones; pero rehuir la cuestión diciendo: que ni ha tenido ni tiene para nada presente mi opinión... esto no es digno del Sr. Longoria, entre cuyo proceder arrogante, y mi conducta franca y leal, juzgarán todos los que nuestros escritos hayan leído en EL SIGLO y en LA ESPAÑA MEDICA.

Ruego á V. se sirva hacer insertar en uno de los primeros números de EL SIGLO estas cortas líneas, á cuyo favor le quedará agradecido S. S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE ALARCON Y SALCEDO.

Celebraría que el Sr. Benavente dijera su opinión sobre nuestros anteriores escritos.

PRENSA MEDICA.

ESTRANJERA.

Regeneración de los tendones.

En la discusión acerca de la Memoria del Sr. JOBERT DE LAMBALLE, sobre la regeneración de los tendones, celebrada en la Academia de Ciencias, pidió el Sr. VELPEAU que el autor precisase las razones en que se apoyaba para considerar al coágulo sanguíneo como el medio á beneficio del cual se verifica semejante regeneración. Hó aquí, respondió el señor JOBERT, los fenómenos que la experimentación en los animales y el examen directo y necroscópico en el hombre hacen resaltar de una manera constante: 1.º, el apartamiento ó separación más ó menos considerable de los dos extremos divididos inmediatamente después de la solución de continuidad; 2.º, el restablecimiento de continuidad de la vaina, restablecimiento que se produce con una rapidez y una perfección tales, que con frecuencia, al cabo de pocos días, es absolutamente imposible volver á encontrar el punto por donde penetró el instrumento para cortar el tendón; 3.º, el depósito de sangre en el interior de la vaina y en el intervalo que separa los extremos retraídos del tendón. De este líquido es del que nace ó se forma el producto tendinoso, acerca de cuya naturaleza, origen y caracteres, vamos á fijar nuestra atención.

La observación nos enseña que la sustancia que contiene la cavidad de la vaina no es otra cosa que sangre, líquida al principio, que no tarda en solidificarse.

Descúbrese entonces un coágulo, en el cual se desarrollan laminillas, que se extienden de una pared de la vaina á la otra, en términos de formar tabiques incompletos, que se convierten en células regulares, comunicando todas entre sí y conteniendo cada una pequeños coágulos, los cuales sufren en seguida una transformación y se adhieren á las células en los poros.

La estructura de estas células presenta un aspecto fibrinoso. Por medio del lavado se desprenden de ellas los coágulos, y las células se destruyen tanto más fácilmente, cuanto más cerca se está del principio de este trabajo de organización. La parte menos resistente es la que ocupa el centro del conducto; la más sólida se adhiere á los extremos del tendón cortado.

Muy pronto esta sustancia se solidifica más, adquiere una densidad notable, y forma en su punto de unión con el antiguo tejido tendinoso, un abultamiento duro y resistente.

Examinado anatómicamente en esta época dicho tejido nuevo, se presenta con una apariencia fibrosa, un poco más roja en el centro que en la circunferencia, pero sin vestigio alguno de células ni de cavidades.

El aspecto propio del tejido tendinoso normal no se manifiesta todavía, pero si se comprueban fibras de nueva formación, que se continúan con las del tejido antiguo y las paredes de la vaina.

Tales son las metamorfosis que sufre la sangre en el interior de la vaina, sin desarrollo de vasos y sin mezcla con otra sustancia orgánica; la sangre, pues, hace todos los gastos de la regeneración tendinosa.

(L'Union medicale.)

Investigación de pequeñas cantidades de iodo en las orinas.

Cuando se punciona un hidrocele y se inyecta tintura de iodo en la túnica vaginal, el iodo, pasa en cantidad notable á la orina del enfermo, y es ordinariamente fácil comprobar en ella la presencia de este metaloide. Pero cuando el iodo tan solamente es aplicado sobre la piel, bajo la forma de pomada, la proporción de este metaloide eliminada por los riñones es muy poco considerable, aun cuando no pueda negarse ó ponerse en duda, y para llegar á demostrarla químicamente es indispensable recurrir á precauciones especiales. Hé aquí cómo ha procedido el Sr. CASTAIN, farmacéutico de la Escuela naval de Tolón. Recojió un litro de orina arrojada por un enfermo que se hallaba sometido á fricciones de pomada yodurada, en la clínica del profesor DELIOUX, y la dividió en dos partes. A la primera añadió 2 gramos (media dracma) de potasa cáustica por el alcohol, á fin de fijar el iodo é impedir su volatilización; después evaporó en baño de arena en una cápsula de porcelana. El residuo obtenido se introdujo en un crisol también de porcelana y se mantuvo espuesto durante cuatro horas á una temperatura muy elevada. De esta calcinación resultó una masa friable y agrisada, que se disolvió en agua destilada y se filtró.

Esta disolución era la que debía contener el iodo; en efecto, vertiendo sobre ella un poco de cocimiento de almidón y unas cuantas gotas de cloro en solución, el Sr. CASTAIN vió aparecer inmediatamente el color azul, indicio de la presencia del iodo. En cuanto á la segunda porción de la orina fué tratada absolutamente como la primera, pero sin adición previa de potasa, y la operación tan solo dió un resultado negativo. Es, pues, indispensable añadir potasa á la orina para estas delicadas investigaciones. Además, hay ciertas precauciones que es preciso no despreciar. Por ejemplo, en el líquido que se supone contiene iodo, es necesario echar el cocimiento de almidón antes que el cloro, porque sino, se uniría este último al iodo é impediría que se produjese el ioduro azul de almidón. Sucede, en efecto, que cuando se ha hecho aparecer el ioduro de almidón, si se añade un exceso de cloro, se vé inmediatamente desaparecer el color azul hasta que se haya destruido el exceso de cloro. Obtínesse este resultado sumergiendo en el líquido una lámina de zinc y echando algunas gotas de ácido sulfúrico. El hidrógeno que se desprende en estas circunstancias se combina con el cloro, y el color azul del ioduro de almidón aparece de nuevo.

(Journ. de chimie medicale.)

Estornudo excesivo, simpático de la preñez.

Háanse referido con frecuencia casos de perturbaciones nerviosas muy diversas, sobrevenidas durante el embarazo, y que no parece pueden atribuirse á ninguna otra influencia sino á la del desarrollo del útero grávido; hay, por otra parte, pocas formas, si es que hay alguna, de este género de afecciones morbosas, que no hayan sido encontradas por los observadores en relación con esta condición de la economía.

El Dr. PETERS YOUNG ha citado, en una de las sesiones de la Sociedad de obstetricia de Edimburgo, un caso que se presentó hace algunos años en la práctica del Dr. EADIE, de Glasgow, en el que la enferma se vió sujeta á un estornudo constante mientras duró su embarazo. La aplicación de sinapismos á la parte superior del dorso había producido algún alivio de este penoso síntoma; pero solo cesó cuando el útero, probablemente por causa de los repetidos sacudimientos espasmódicos, se vió prematuramente libre del producto de la concepción. Habiendo tenido ocasión de volver á ver, poco tiempo hace, al Dr. EADIE, ha sabido el Sr. YOUNG de boca de aquel profesor, que hallándose la mencionada señora en la actualidad nuevamente en cinta, ha reaparecido, entre el tercero y cuarto mes de este segundo embarazo, la misma afección, los mismos incesantes estornudos de que se veía molestada en el primero.

Sería interesante saber, dice el periódico de donde tomamos estas líneas, si esta vez ha venido también el aborto á terminar la gestación, cosa muy de temer, atendida la rebelión de tales perturbaciones neuropáticas.

(Edimb. méd. Journ.)

Propiedades terapéuticas del malt (1).

El Journal de chimie medicale ha publicado algunos ensayos que merecen ser conocidos, respecto de la administración

(1) Así llaman los ingleses á la cebada preparada para hacer cerveza.

como remedio, de la preparacion de cebada y lúpulo destinada á la fabricacion de la cerveza, y que casi en todas las lenguas toma el nombre de *malt*. Estos ensayos se deben al Sr. FREMY, del hospital Beaujon.

El polvo de *malt* se fué administrando al interior en forma de cocimiento, y al exterior aplicado en baños. Para estas aplicaciones se prefirió el *malt* preparado por Nirsouke, fabricante de cerveza de las inmediaciones de Berlin, en razon de considerarse como de calidad superior al que se obtiene en Paris, por ser más soluble, aromático y agradable. En 64 casos de tisis confirmada, apenas se consiguió alivio alguno temporal con el uso del *malt*; pero su eficacia se mostró evidente en los casos de bronquitis crónica, en las tisis incipientes y principalmente en los catarros pulmonales crónicos. Dicha preparacion produjo tambien buenos resultados en la dispepsia simple, cuando iba acompañada de un estado saburroso de la lengua. En Alemania el principal uso del *malt* se hace contra la cloro-anemia de las amas de cria.

El Sr. FREMY asienta que el polvo en cuestion es un verdadero analéptico, y que el principio amargo que contiene, debido á la presencia de la lupulina, le recomienda como muy eficaz, sobre todo, para restablecer las funciones del estómago en los casos de dispepsia.

Corteza de sasafrás.

Segun afirma un médico alemán, el Dr. HEDENUS, la corteza de sasafrás es muy preferible al leño que se acostumbra usar, porque sus efectos medicinales son mas notables y de grande utilidad, cuando se administra en combinacion con otras sustancias, contra las escrófulas, la sífilis ó el mercurialismo que ocurre en los individuos escrófulosos.

(O Escholiaste médico.)

Tratamiento de la pityriasis de la cabeza.

El *Journal de medecine et de chirurgie pratiques* describe en los siguientes términos el tratamiento aconsejado por el señor HARDY en los casos de *pityriasis capitis*.

Primero manda cortar los cabellos, y despues prescribe lociones emolientes ó unturas oleosas, para combatir la sequedad de la piel. Mas adelante modifica la secrecion cutánea por medio de simples lociones con agua de salvado, con preferencia á las disoluciones de subcarbonato de sosa ó de potasa. Pero lo que recomienda principalmente es el uso de los baños y pomadas sulfurosas. La pomada que dice le ha producido mejores resultados, se compone de 1 gramo (18 granos) de azufre por 30 gramos (1 onza) de manteca. Sin embargo, á la par de esta debe figurar tambien la de ácido nítrico, compuesta igualmente de 1 gramo de ácido por 1 onza de manteca. Con estas pomadas manda untar las partes enfermas mañana y noche.

Al interior aconseja el Sr. HARDY el uso de los sulfurosos y una alimentacion poco escitante.

El tratamiento narcótico en el delirium tremens.

El profesor ROSER, de Marbourg, es de opinion que ha perjudicado á los enfermos la timidez de los prácticos en prescribir el ópio en grandes dosis, y sus recelos de producir un envenenamiento. La indicacion vital, añade, es calmar el delirio, y esto se consigue con las dosis elevadas, segun su experiencia. Así es que dicho médico manda administrar dos granos de morfina por primera vez, y sucesivamente un grano cada hora hasta que las pupilas estén fuertemente contraídas y la respiracion haya descendido á 10, 8 y aun 6 movimientos por minuto. El aspecto del enfermo tratado de este modo, dice el Sr. ROSER, es ciertamente imponente, pero la seguridad está en ese profundo narcotismo. Al sueño pesado que produce, se sigue el restablecimiento, y aun cuando el delirio vuelva, es para desaparecer con facilidad.

—Sin poner en duda los buenos efectos de este tratamiento, debemos advertir á nuestros lectores (aunque casi es innecesario) que se necesita mucha prudencia, y hasta verdadero valor, para administrar dosis tan altas de una sustancia tan activa como la morfina. Creemos, pues, que este tratamiento debe conocerse, pero no emplearse sino con mucha precaucion y en casos desesperados.

Sustitucion de la atropina por la daturina.

El Sr. JOBERT parece haber establecido que de todas las preparaciones mydriáticas, la solucion de daturina es la que merece la preferencia. El *Bulletin de thérapeutique* dice que

el profesor citado considera á la daturina como tres veces más poderosa que la atropina, y que así puede emplearse en cantidades proporcionalmente más pequeñas; que además de esto, no produce dolor cuando se introduce debajo de los párpados, ni causa confusion de la vista, como la belladona, y esto al mismo tiempo que sus efectos son más constantes y su accion más persistente.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERNA.

PARTE OFICIAL.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

9 agosto. Concediendo real licencia al primer ayudante médico D. Juan Meinzel y Morales.

Id. id. Nombrando primer ayudante médico supernumerario del ejército de Puerto-Rico á D. José Perez Muñoz.

Id. id. Agregando al hospital militar de esta Corte al primer ayudante médico D. Cesáreo Moratinos y Lopez.

Id. id. Nombrando médico interino del batallon cazadores de Alcántara á D. Juan Chavarria y Buron.

Id. id. Concediendo permuta de destinos á D. Laureano Garcia Camison y D. Francisco Alvarez Merino.

Id. id. Nombrando para la asistencia médica del destacamento de artillería de Palma á D. Agustín Salvá y Fullana.

Id. id. Id. primer médico supernumerario de Cuba al primer ayudante D. Joaquín David y Rodriguez.

Id. id. Admitiendo la renuncia que hace del grado de médico de entrada D. Estéban Vidal y Ante.

Id. id. Nombrando médico auxiliar del castillo de San Fernando de Figueras á D. Martin Antonio Búrgos.

10 id. Concediendo al primer ayudante médico D. Mariano Casajemas, relief y abono de sueldos.

Id. id. Nombrando primeros ayudantes médicos efectivos á D. Antonio Pardiñas y D. Félix Bueno.

Id. id. Admitiendo la renuncia del destino de médico interino del hospital de Zaragoza á D. Gabriel García Enguita.

Id. id. Id. á D. Pedro Miguel y Silvestre de los honores de médico de entrada.

Id. id. Negando á D. José Rodriguez de las Casas el grado de segundo ayudante médico que solicita.

17 id. Destinando al hospital militar de Melilla al segundo ayudante médico D. Cristóbal Mas y Boneval.

Id. id. Nombrando segundo ayudante farmacéutico de Cuba al licenciado D. Meliton Orozco y Troncoso.

Id. id. Aprobando la licencia concedida al médico mayor D. Pedro Pujolá y Zayas.

Id. id. Id. el permiso concedido para que venga á la Península á continuar sus servicios al primer ayudante farmacéutico D. Ildefonso Pulido.

19 id. Aprobando el haber dado de baja al practicante don Buenaventura Garcia.

Id. id. Concediendo real licencia al primer ayudante médico D. Antonio Capella y Texeiro.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesion literaria del 5 de abril de 1862.

Empezó la sesion con la lectura del acta de la anterior, que fué aprobada.

Se dió cuenta por secretaria de haber recibido varias obras y comunicaciones.

Seguidamente se declaró por el Sr. Presidente que continuaba la discusion sobre el informe presentado acerca de la Memoria del Sr. Poggio, relativa á las enfermedades y heridas observadas en la campaña de Africa; y usando de la palabra el Sr. SANTERO, dijo:

Que ha visto con placer que cuantos han hablado en esta discusion han reconocido, y el que menos no ha negado, el carácter contagioso del cólera, que antes se desechaba por la generalidad.

Para ilustrar este punto, continuó, no se puede menos de empezar hablando de los contagios en general, para deducir luego aplicaciones particulares. Es ciertamente difícil calcular cuál es la naturaleza de los contagios; pero lo que está fuera de duda es que existen enfermedades contagiosas. A lo

menos, nadie niega en la actualidad este carácter á varias dolencias, en lo que reina por fortuna un asentimiento prudente.

No hay, pues, que demostrar que existen enfermedades contagiosas, lo cual, en caso necesario, se probaría por la inoculación.

En cuanto á conocer en qué consiste el elemento específico y contagioso, nada se ha conseguido á pesar de los esfuerzos que se han hecho con tal objeto. Ni los trabajos químicos de Mialhe y otros, ni las investigaciones de distinto género, han dado hasta ahora resultados satisfactorios, limitándose á hipótesis que tienen más ó menos grados de probabilidad.

Pasemos, pues, por el hecho generalmente admitido de que existen enfermedades contagiosas; y descendiendo al terreno de aplicación, recordemos la dificultad grande que hay para determinar el número de las que participan de esta índole.

Esto depende de la oscuridad en que estamos acerca de la naturaleza de las cosas, como hemos dicho, y de las circunstancias que acompañan á las enfermedades de que se trata. Si fuesen todas inoculables, no habría duda; pero como sucede todo lo contrario, es difícil formar un juicio exacto.

Además, si alguna de ellas existe aisladamente con su elemento específico ó contagioso, hay otras que al mismo tiempo adquieren el carácter epidémico, y entonces es más difícil determinar si existe ó no el citado carácter contagioso, no siendo inoculable la enfermedad; pues se aducen hechos contrarios, y pudiéndose referir los positivos, tanto á la causa epidémica como á la contagiosa, queda el ánimo en perplejidad.

Reconocido este gran embarazo, sería menester que se tratara de buscar ciertos caracteres comunes que sirvieran como de criterio en tales casos. Ya es sabido que este punto ha sido indicado por algunos autores, y entre otros puede recordarse al Sr. Lopez Mateos, socio y secretario que fué de esta antigua Academia, el que ilustró bastante esta cuestión en su tratado de *Filosofía de la legislación*, si bien las reglas que da no tienen, en mi juicio, las circunstancias apetecibles.

En una obra moderna publicada por el Sr. Delieux de Savignac, he visto adoptado otro camino, preferible, en mi concepto, que es el de los caracteres clínicos, y en el que yo me había fijado hace tiempo.

En efecto, si estos caracteres son capaces de dar algún apoyo á la verdad, juntos con los datos experimentales pueden formar un cuadro más completo y á propósito para decidir nuestro juicio.

Desde luego se observa que todas las enfermedades contagiosas vienen á presentar un carácter específico muy marcado. Esto es ya un dato de importancia, pues siempre que una enfermedad ofrece algo específico en sus síntomas ó en su curso, puede inducirnos á referirla á una causa específica, á cuyo grupo corresponden los contagios.

En efecto, las enfermedades contagiosas, aunque presentan formas febriles é inflamatorias, se distinguen mucho de las fiebres é inflamaciones comunes.

Las fiebres eruptivas y las tíficas manifiestan siempre en su sintomatología algo de específico, y lo mismo sucede con las inflamaciones diftericas y otras enfermedades de la índole á que nos referimos.

Siempre se observan en los cuadros de sus síntomas esos fenómenos insólitos de que hablamos, y que las hacen salir del tipo general de aquellas afecciones á que se parecen y á que podrían referirse. Lo mismo sucede en su curso, en el que por su estremada agudeza, por sus periodos especiales ó por otras particularidades no corresponden á las de aquella forma con que se encubren.

Por lo tanto, cuando veamos una enfermedad que reviste una forma común, pero que sale del orden general que á estas corresponde, podemos comprender que hay en ella algo de propio que la acerca al grupo de las contagiosas; que el elemento morbozo determinado se halla con gran probabilidad unido al específico.

Otro carácter que se descubre es el de que bajo las formas comunes vienen á presentar dichas afecciones el carácter reactivo, ya general, ya local, esceptuando la coqueluche, que todavía no está admitida como contagiosa, y que también ofrece algo de particular, que la distingue de las neurósisis legítimas.

Además se observa que en las enfermedades contagiosas se dirige la afección á órganos membranosos ó glandulares, con alteraciones en su secreción ó con formación de depósitos de materiales evacuatorios: es decir, que se notan tendencias á

la eliminación. Así lo demuestran las fiebres eruptivas, las tíficas, las inflamaciones pseudo-membranosas, la sífilis, etc.

Especificidad, pues, en su curso y sintomatología, forma expansiva, general y local, y tendencias á verificar fenómenos de espulsion, tales son los caracteres clínicos, que si pudieran fijarse con exactitud, nos proporcionarían datos seguros que, unidos á la transmisibilidad, podrían servir de criterio para formar una opinión más concluyente.

Espuestas estas ideas generales, creo que llena perfectamente el cólera las espresadas condiciones; puesto que además de los hechos que apoyan su índole trasmisible, ofrece los caracteres clínicos de que hemos hablado.

En efecto, es indudable que el cólera asiático es una enfermedad especial; solo se parece al esporádico; pero este, que participa de los elementos morbosos del cólico y de la disenteria, tiene caracteres que no son los mismos que los del asiático. Falta en él la cianosis, y se diferencian sus evacuaciones, que son biliosas y no blancas.

En el curso del cólera asiático hay más rapidez que en el del esporádico, los periodos en aquel son más cortos y también más manifiestos: es más mortífero en sus resultados, y presenta gran propensión á la reacción, que puede ser franca, ó por el contrario tífica, segun cuándo y como tiene lugar. Esta enfermedad provoca con energía algunos de los emuntorios naturales. Yo no sé si compromete los intestinos ó si interesa también al páncreas; pero me inclino á esta última opinión por el carácter de las evacuaciones, por los síntomas epigástricos y por lo observado en algunas autopsias.

Por lo tanto, si los caracteres clínicos espuestos tienen algo de probable, hallanse á favor del contagio.

En cuanto á su transmisibilidad, los señores que me han precedido en el uso de la palabra han hecho mérito de datos suficientes en apoyo de esta opinión, y yo no haría más que añadir otros muchos de los que se han publicado y todos conocen. Sin embargo, debo advertir que cuando el cólera se desarrolla de un modo epidémico, no es la ocasión oportuna de recoger hechos, que son entonces susceptibles de interpretación por la influencia epidémica y por el contagio.

Es preciso tomarlos de las épocas en que la enfermedad no tiene el primer carácter, en las cuales se puede seguir muy bien su propagación. Recordemos, entre otros bien públicos, el que tuvo lugar en Galicia cuando apareció el cólera aisladamente, en ocasión en que llegó un buque apestado, y empezó el mal por las mujeres que lavaban ropas de los enfermos que estaban en el lazareto.

Lo mismo se vió en Algeciras, á donde llevó el mal un buque salido de Alicante con las tropas que marchaban á Africa; y la última vez que se presentó en Madrid, aunque con muy poca fuerza, apareció al principio en los alrededores de la aduana, donde se descargaban las mercancías que venían de puntos infestados. Yo mismo vi en 1836 el primer caso que ocurrió en Madrid, en el cual las personas que asistieron á la enferma inmediatamente, contrajeron en diverso grado la enfermedad, siendo atacada de una manera más grave una hermana suya que no se había separado de su lado.

Hechos análogos abundan en la historia del cólera, siendo muy notables los aducidos por el Sr. Boudin en su *Geografía y estadística médica*; con lo cual concluyo añadiendo mi opinión á la que viene ya manifestada por casi todos los Sres. Académicos que han tomado parte en esta discusión y por el señor Poggio.

Me he propuesto solo llamar la atención hácia los caracteres clínicos que pueden servir para reforzar las observaciones experimentales acerca de la transmisibilidad del mal, y me reservo hablar de otros puntos relativos á este mismo asunto para cuando se pongan á discusión.

Se suspendió esta discusión para dar lectura al siguiente informe de la Sección de Medicina:

«El Ilmo. Sr. Director general de Beneficencia y Sanidad ha remitido á esta Academia con fecha de 27 de agosto último una comunicación documentada del Ministerio de Estado, relativa á un método curativo de la fiebre africana inventado por el Dr. Livingstone, distinguido viajero inglés del interior del Africa, por si despues de examinado por esta Corporación, y en vista de su informe, el Gobierno de S. M. creyese oportuno participarlo al Sr. Ministro de la Guerra y de Ultramar, para que se ensaye en las posesiones españolas de la costa septentrional de Africa.

«Los documentos que acompañan á la citada comunicación consisten simplemente en una nota leída por el Dr. Mac-William á la Sociedad epidemiológica de Londres el día 3 de

julio del año último, en la que el citado Dr. Livingstone le participa, que teniendo en cuenta lo espuesto por el mismo Dr. Mac-William en su historia médica de la expedición al Níger, de que la vejiga de la hiel se hallaba llena de una bilis negra, y que la mayor parte de los casos tratados con la quinina en el primer periodo de la enfermedad sanaron, ó quedaron sujetos a la forma más benigna ó intermitente de la fiebre, discurrió adoptar el plan de administrar la quinina mezclada con un purgante como el primer paso en el tratamiento; habiendo obtenido desde entonces buenos resultados en todos los casos que se le han presentado en sus largos viajes por el interior del Africa y su costa occidental desde 1852 á 1856.

»La fórmula empleada por este profesor, es la siguiente: de resina de jalapa y calomelanos, de cada cosa ocho granos; de quinina y ruibarbo comun, de cada cosa cuatro granos: mézclese para hacer píldoras. Dosis, de diez á veinte granos. Advirtiéndole que esta fórmula solo es buena para adultos vigorosos, la modificó despues en estos términos: de resina de jalapa y de ruibarbo, de cada cosa seis á ocho granos; de quinina y calomelanos, de cada cosa cuatro granos: mézclese bien en un mortero y guárdese para el uso. La dosis, la misma.

»Con este medio terapéutico asegura, que el dolor de cabeza y demás síntomas de la fiebre se alivian en cuatro ó seis horas, produciéndose una enorme evacuacion de bilis negra, la que, si se retarda, se podrá favorecer con una cucharada de postres de sales purgantes.

»Obteniendo este resultado, añade, se debe dar la quinina hasta que zumben los oídos. Manifiesta despues, que ha ensayado substituir otros purgantes á la resina de jalapa y calomelanos; pero que la esperiencia le ha demostrado su inutilidad: que la tintura de Varbrug que tiene gran celebridad en la India, no correspondió tampoco á sus esperanzas; teniendo el inconveniente de provocar sudores copiosos debilitando las fuerzas; y por último, que el uso diario de la quinina no es un preservativo de esta fiebre, pues ha visto ocurrir muchos casos en personas que estaban saturadas de quinina.

»El remedio propuesto, dice, le ha empleado siempre con buen éxito en la costa occidental, y en los casos observados en las orillas del Tambeké durante un viaje de 600 millas rio arriba; y que si bien no está muy seguro que la fiebre por él observada, sea idéntica á la que el Dr. Mac-William encontró en el Níger, sus efectos mortíferos le hacen temer sea la misma enfermedad que destruyó la oficialidad del comodoro Owen en el Tambeké, la del capitán Tuckei en el Congo y las tripulaciones de la gran expedición al Níger.

»Hasta aquí lo más importante que contiene la nota del Dr. Livingstone, á lo cual añade el Dr. Mac-William: que todo lo que manifestaba aquel profesor, lo consideraba digno de atencion y de interés. Que él no habia estado en ninguno de los rios de la costa oriental de Africa; pero que habia observado la fiebre que reina en la costa de Mozambique, y la habia hallado de una naturaleza mucho más benigna que la que habia visto en la costa occidental, y más especialmente en el Níger.

»Y en cuanto al tratamiento empleado con tanto éxito por el Dr. Livingstone, dijo: que el principio en que se fundaba no era ciertamente nuevo, pero que no sabia que la fórmula misma de aquel eminente viajero se hubiese empleado antes; y puesto que los otros purgantes, á escepcion de la jalapa, el ruibarbo y los calomelanos en combinacion con la quinina, no habian producido efecto en los viajes del Dr. Livingstone, seria de desear que se ensayase de nuevo la fórmula que recomendaba, á cuyo fin trataria de darla la mayor publicidad posible.

»Por lo espuesto se vé, que la nota del Dr. Livingstone acerca de la curacion de la fiebre africana, se reduce simplemente á recomendar desde el principio de esta enfermedad el uso de la quinina combinada con los purgantes, lo cual, como dice el mismo Dr. Mac-William, no es una novedad; consistiendo esta únicamente en preferir para el caso, entre los demás purgantes, el ruibarbo, la jalapa y los calomelanos combinados á la vez con la quinina.

»El profesor inglés nada nos dice de los síntomas que presentó la fiebre por él observada en la costa occidental de Africa y en las orillas del Tambeké; pero calculando con bastante fundamento fuese la misma que describe el Dr. Mac-William en su historia de la expedición al Níger, resulta que la enfermedad en cuestion, es la fiebre remitente de los países cálidos en su forma biliosa, la cual reina de un modo endémico, no solo en la costa occidental de Africa y orillas de sus grandes rios, sino en diferentes comarcas de la India y de la

América. En semejante caso se comprende muy bien que la fórmula del Dr. Livingstone pueda producir resultados satisfactorios, combatiendo el elemento accesimal, debido al miasma palúdico, y oponiéndose á la vez á los síntomas biliosos y lesiones orgánicas del bazo y del hígado, que por lo comun acompañan á esta enfermedad. Mas es sabido que la fiebre remitente, fuera de los países intertropicales, suele ofrecer ya formas muy diversas; y aun cuando en ella pueda estar indicado el uso de la quina, su administración tiene que acomodarse á los síntomas que en ella predominen: siendo un axioma reconocido entre los prácticos que más han observado esta enfermedad, que cuanto más se aproxime á una fiebre sinocal, menos útil será la quina, y cuanto más á una intermitente, más ventajas podemos esperar de ella. Por esta razon la fórmula del célebre viajero inglés solo podrá dar buenos resultados en los casos de fiebre remitente complicada con síntomas biliosos; mas cuando se acompañe de alguna flegmasia visceral ó de síntomas disintéricos, como se observaba con frecuencia en el Mediodia de Europa y en la costa septentrional de Africa, el uso del remedio propuesto seria muy aventurado y en muchos casos inconveniente, por la agravacion que tal vez ocasionaria en las flegmasias concomitantes.

»En este supuesto, la Sección es de parecer se manifieste al Gobierno de S. M.:

»1.º Que la fiebre llamada africana por el Dr. Livingstone es la fiebre remitente de los países cálidos, la cual por efecto de la localidad en que se desarrolla, y de las condiciones individuales, ofrece formas muy variadas, y no se la puede sujetar por lo tanto á un tratamiento uniforme.

»2.º Que la fórmula recomendada por dicho profesor puede sin duda ser útil en la forma biliosa de dicha enfermedad, que es la que por lo comun presenta en el país donde aquel ha hecho sus observaciones; pero en su forma inflamatoria ó cuando se acompaña de síntomas disintéricos, como sucede con frecuencia en el Mediodia de Europa y en la costa septentrional de Africa, el remedio propuesto puede ofrecer ya graves inconvenientes, por la agravacion que fácilmente ocasionaria en el estado inflamatorio que caracteriza á la dolencia.

»Y 3.º Que no teniendo por lo tanto aplicacion la fórmula referida sino en casos determinados, no se la puede considerar como un remedio especial para combatir una enfermedad, que presenta condiciones muy diversas, y á las cuales es indispensable subordinar su tratamiento. — Madrid 20 de marzo de 1862.—GREGORIO DE ESCALADA.—El ponente, LUIS COLODRON.»

Aprobado este informe despues de una breve discusion, se levantó la sesion; de que certifico.—El secretario perpétuo, MATIAS NIETO SERRANO.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARÍA GENERAL.

ANUNCIO DE JUBILACION.

Don Ramon Lloret y Grau, profesor de medicina, residente en Valencia, solicita en su favor la pension de jubilacion por hallarse padeciendo un asma sintomático del enfisema vesicular pulmonar. El referido socio fué admitido como fundador en 25 de febrero de 1858 por cinco acciones de 3.ª clase y tres de 4.ª.

Lo que se anuncia en cumplimiento de lo prevenido en el art. 37 del Reglamento, con el fin de que si algun socio tuviese que manifestar alguna circunstancia que convenga saber para el caso, se sirva verificarlo reservadamente y por escrito á la Secretaría general, sita en la calle de Sevilla, núm. 14, cuarto principal. (2)

Madrid 21 de agosto de 1862.—El secretario general, Luis Colodron.

VARIEDADES.

VIAJE CIENTÍFICO.

Nuestro apreciado amigo el Sr. Cortejarena, nos remite desde Lóndres con fecha 30 de julio la siguiente carta:

SR. D. FRANCISCO MENDEZ ALVARO.

Muy señor mio y apreciable amigo: Fuera un ingrato, si no correspondiendo á la buena acogida que siempre me ha dis-

pensado su apreciable periódico, dejara de decir algo, aunque solo como recuerdo, de mi presente viaje á estas regiones, á las cuales me ha traído la necesidad de tomar aguas minerales; pero una vez en el Pirineo, no he podido resistir la tentación de traspasarle para volver á visitar mis antiguos recuerdos, mis amigos y tantas cosas agradables como tengo presenciadas en la capital del vecino imperio: dejo esta por ahora, porque hay otra que llama la atención del mundo civilizado, por verificarse en ella una de las solemnidades más grandes de la época presente, el hecho más notable de los años que corren, el culto más completo rendido al progreso humano; ya se comprende que me refiero á la gran metrópoli llamada Londres y á su universal exposición.

Sí, amigo mío; la industria, las artes, las ciencias, la naturaleza misma con sus admirables productos han venido á esta á hacer alarde de sus galas, á patentizar sus adelantos, á hacer ver al mundo entero que no en balde corre el tiempo, que la humanidad marcha siempre adelante, rompiendo obstáculos, abriendo diques para salir por último airoso con su propósito cumplido, y dárseles á conocer en estos templos rendidos á su culto, que la época moderna llama exposiciones universales y que son una fuente de riqueza, un origen de progreso, un estímulo constante para el trabajo, y un fuerte insuperable á la holgazanería y á la desidia.

Por esto todas las naciones se han apresurado á enviar sus mejores productos de todas clases, y ayudadas más ó menos por sus respectivos Gobiernos, cada uno ha contribuido con sus fuerzas al esplendor de esta exhibición de riqueza, valiéndose de toda clase de medios para corresponder del mejor modo posible al llamamiento de la nación inglesa.

Voy, sin querer, separándome ya de mi asunto para invadir el terreno de hábiles cronistas, y por tanto debo circunscribirme, dando una rápida ojeada sobre lo que es Londres bajo el punto de vista médico; y limitome solo á esto, porque no puedo disponer del tiempo necesario para estudiar esta población como en otra ocasión lo hice con la capital de Francia.

Algunas personas han hablado ya de todo lo que Londres posee para dar la enseñanza médica, al mismo tiempo que servir de consuelo y alivio á la doliente humanidad; y yo por esto, y para no salirme de los estrechos límites de una carta, pienso enumerar estos medios de enseñanza, siquiera no sea más que para demostrar que cuando salgo de mi país y voy á otro que tiene más importancia bajo cualquier concepto, me tomo el cuidado especial de ver todo aquello que pueda ser útil y aplicable al mayor progreso de nuestra profesión y de nuestra enseñanza.

La gran metrópoli, la ciudad más rica quizás del mundo, la más comercial, no podía tener abandonado uno de los ramos más necesarios para el progreso de las naciones, ni prescindir de este precioso foco de riqueza; porque sabe que si es tan grande, tan fuerte y tan rica, lo debe muy principalmente á estar gobernada por hombres sabios y de talento, y estos hombres se forman en las universidades y colegios, y estos colegios y estas universidades han de tener cubiertas todas las necesidades que las ciencias modernas han creado, porque la escasez de estos medios es una de las mayores calamidades para la instrucción: por esto Londres, que es tan grande en todo, no ha olvidado la medicina, y así se vé tan dignamente enseñada en varios establecimientos que voy ligeramente á enumerar.

La Universidad de Londres es un magnífico edificio en el cual se enseñan todas las profesiones menos la teología; allí he visto un gran museo de historia natural que tiene 118 pies de largo, y en el cual hay toda clase de ejemplares de los tres reinos de la naturaleza; inmediato á este hay también un museo de anatomía con muchas preparaciones en espíritu de

vino, y una colección completa de figuras de cera representando todas las enfermedades de la piel; hay además una colección de momias bastante bien conservadas: por lo demás, el edificio, que es grande, posee varios gabinetes de química, anfiteatros y todo lo necesario para el objeto.

La Sociedad Real de cirujanos, posee un edificio elegante, el cual, entre otras cosas, contiene un museo anatómico inmensamente rico, que comprende la preciosa colección de Hunter: en él hay preparaciones, modelos y figuras de todas clases, desde el embrión hasta la forma más perfecta del hombre; lo que más particularmente llamó mi atención fué una magnífica colección de cálculos urinarios é intestinales, que dudo pueda presentarse otra mejor en el mundo; también hay un esqueleto de un raquítico que llama la atención: es notable el orden y método con que están colocados tan infinito número de objetos, de manera que pueden estudiarse fácilmente las diversas gradaciones, así en el estado fisiológico como en el de enfermedad.

Guy's Hospital, es un testimonio perenne de la filantropía de un librero que ganó mucho dinero y construyó por su cuenta este hospital, y cuando murió le dejó en herencia cerca de cinco millones de francos: su estatua de bronce es lo primero que se encuentra en medio del patio principal. Este hospital tiene cátedras para los cursos de medicina; posee un museo muy bueno con una gran colección de enfermedades de la piel; el feto estudiado desde la primera época de la generación, y colocado por orden sucesivo de desarrollo; gran número de preparaciones naturales y en cera. También hay un pequeño museo de anatomía comparada, y laboratorios de química.

Por lo demás, el hospital está bien arreglado y no tiene nada de particular que haya llamado mi atención.

Saint George's Hospital, es el último de los establecimientos benéficos, construidos por la filantropía de los habitantes de Londres, y como más moderno, se comprende que tenga grandes ventajas sobre todos los demás: tiene anfiteatro para lecciones públicas y contiene unas 317 camas.

Saint Bartolomew's Hospital es un gran edificio muy bueno que tiene una excelente escuela práctica para los alumnos, donde escuchan las lecciones de profesores ápticos y laboriosos.

Hay otros muchos hospitales de menos importancia, y entre los cuales debo hacer mención de *Middlesex Hospital*, que tiene una sala para las enfermedades cancerosas; *Royal London Ophthalmic Hospital*, *Royal Westminster Ophthalmic*, ambos destinados al tratamiento de las enfermedades de los ojos, y *The Small-pox Hospital* para enfermedades sifilíticas y para vacunación.

Todos estos hospitales están sostenidos y algunos creados por donaciones voluntarias.

Agréguese á estos establecimientos el inmenso y magnífico Museo Británico, el cual es tan rico que pueden formarse con él algunos museos buenos, y el no menos célebre Jardín zoológico, donde se conservan vivas multitud de especies de animales, y tiene V. ya un conjunto precioso de medios de instrucción.

Ya vé V., amigo, cómo aquí vuelven á verse confirmadas las ideas que algunos venimos sosteniendo hace tiempo; á saber: la necesidad de que haya hospitales bien montados y que todos se utilicen para la enseñanza de la juventud, y como consecuencia de esto, la creación de la enseñanza particular, independiente de la enseñanza pública; la escuela práctica, en una palabra, pues mientras esta no se establezca en nuestro país, no hay que cansarse en buscar medio para arreglar la enseñanza y mejorar el estado de las clases mé-

dicas: esto ya lo he dicho y lo sostendré siempre, porque tal es mi creencia.

Llego ahora á la parte que nuestra profesion ha tomado en la esposicion universal, la manera que ha tenido de corresponder al llamamiento general, la utilidad que podemos sacar de este concurso universal, el juicio crítico que de este debemos formar bajo el punto de vista médico, y otra porcion de cosas que serian objeto de un trabajo especial; pero aquí cierro mis labios y limpio mi pluma, pues que para tamaña empresa era preciso haber estado oficialmente autorizado y haberse dedicado espresamente á cumplir tan difícil mision: desgraciadamente ha sucedido lo que estamos viendo continuamente en nuestro pais en todas las ocasiones; ni un solo individuo ha venido á Londres en representacion de la clase médica comisionado por el Gobierno, para que pueda contarle todo lo que á ella atañe; escasamente habrá habido una clase industrial ó científica que no tenga su representante en la esposicion, y precisamente la clase médica, tan necesaria en la sociedad, que tantos ramos abarca, que tanto tiene que estudiar, cuya utilidad es universal, cuyo centro de accion es el mundo entero; precisamente, repito, es la única que se la ha dejado en un completo olvido. ¡A cuántas reflexiones no dá lugar este descuido! ¡Qué de ideas se vienen á la mente y que de buena gana estamparia si no temiera traspasar los límites de un periódico científico! Basta, pues, consignar el hecho, y cada uno haga los comentarios que le parezca, y la clase entera sepa lo que ha de hacer y á lo que debe atenerse.

Concluyo, pues, querido amigo, suplicándole me dispense la escasez y poca importancia de las noticias que puedo dar á V. de mi viaje; y entre tanto, sabe V. le recuerda con la debida consideracion su afectisimo,

Dr. CORTEJARENA.

DOS PALABRAS SOBRE LAS OBLIGACIONES DE LOS SUBDELEGADOS DE SANIDAD.

No es únicamente nuestro propósito al ocuparnos de tan interesante asunto, recordar á nuestros lectores la enorme carga de obligaciones que pesa sobre aquellos funcionarios, no; tenemos además la noble y valiente pretension de que nuestros ecos penetren un poco más dentro del dintel de las puertas del templo de Minerva, para ver si podemos conseguir para cubrimos, un giron, siquiera sea modestísimo, del manto sagrado de la diosa.

Antes de todo, permítasenos presentar un ligero bosquejo del impropio trabajo encomendado á los subdelegados de medicina y cirugía.

- 1.^a seccion. Intrusiones.
- 2.^a id. Epidemias y vacunacion.
- 3.^a id. Higiene pública.
- 4.^a id. Estados semestrales del personal facultativo.
- 5.^a id. Asuntos sanitarios.

La vigilancia sobre el ejercicio ilegal de la medicina es asunto sério de por si en una nacion como la nuestra, donde los intrusos, charlatanes y curanderos de todas clases, tienen tanta proteccion. ¿Qué importa la escelencia de nuestras leyes sobre el particular, si hemos visto á la autoridad misma y á los primeros magnates de los pueblos, convertidos en clarín sonoro de la prodigiosa fama de esos inmundos y asquerosos parásitos de la profesion? ¿Qué es de la noble ciencia, y qué del subdelegado en presencia de tamaño escándalo?

Pero no es esto todo: hay otra situacion más amarga, y mucho más desconsoladora: el médico se estralimita é invade los terrenos vedados de la cirugía y de la farmacia; el cirujano á su vez se erije en médico, y el boticario hace de médico-

cirujano. ¿Ha de llevar el subdelegado al tribunal de justicia á sus compañeros y hermanos? ¿Ha de luchar con los magnates que protejen con ardiente entusiasmo al osado charlatan?

Aguardamos la contestacion, y con ella la regla de conducta que en estos casos, harto frecuentes, por desgracia, deben observar los subdelegados. Pero limitémonos al hecho de la intrusion vulgar.

Hay en una poblacion un curandero que ejerce á hurtadillas la sublime ciencia de Esculapio. Tiene noticia de ello el subdelegado del ramo, y despues de haberse asegurado de la certeza del hecho, denuncia al culpable ante la autoridad competente, la cual exige á continuacion todos los comprobantes, y hé aquí ya llamados á declarar á testigos interesados en la impunidad del falso oráculo; porque son casi siempre individuos de la familia que paga bien caros los servicios del acusado.

La absolucion completa suele ser el resultado de tales procedimientos, y entonces el ridiculo y la befa, la enemistad y el desaire, es premio seguro del demandante.

Es necesaria toda la abnegacion de un santo para desempeñar de esta manera la odiosa encomienda de perseguir las intrusiones. Y en verdad que es un doble martirio descender desde la cúpula de la dignidad profesional, al triste y repugnante papel de fiscalizador, que tan mal se aviene con la noble mision del médico, el cual rara vez consigue el objeto de tan penoso sacrificio.

¿Queréis saber por qué están en España los medicastros y las intrusiones á la orden del día? Pues es porque los subdelegados de medicina y cirugía, carecen de toda autoridad, de toda consideracion y de toda recompensa.

Por lo mismo no podemos ni debemos continuar desempeñando por más tiempo, sin mengua de nuestro decoro injustamente desatendido, un cargo tan delicado y trascendental, como no se dé á este ramo una nueva, conveniente y equitativa organizacion.

Si el cuadro que acabamos de ofrecer á vuestra ilustrada consideracion es más triste y sombrío de lo que esperabais, no es nuestra la culpa; ésto, sí, de la indole de la cuestion, y de las negras tintas que constituyen su pintura.

Veamos ahora si los demás cargos cometidos al subdelegado de medicina, ofrecen menos compromisos, menores disgustos y mejores resultados.

Hellin, 5 de agosto de 1862.

(Se continuará.)

JOSÉ MARTINEZ Y GONZALEZ.

ALMANAQUE MÉDICO DEL MES DE SETIEMBRE.

El mes de setiembre es uno de los más apacibles para habitar en esta Corte; porque si bien en sus primeros dias todavia suele sentirse un estremado calor, como que el termómetro centigrado llega á señalar 34 y 36°, en la segunda quincena ya refresca bastante la temperatura, en términos de descender la escala centigrada á 28 y aun á 24°. El cielo por lo general está despejado; pero tambien hay dias nublados, aguaceros, granizadas y tempestades, particularmente á mediados del mes, en que entramos en el segundo equinoccio del año; y si atendemos á lo seco que ha sido este verano, deberemos esperar lluvias en setiembre, que refrescarán y purificarán la atmósfera, haciéndonos amena y grata la estacion. El barómetro está generalmente, en la primera mitad del mes, en la sequedad, y marcando 26 pulgadas ó 26 y media; mas despues suele fijarse en lluvia ó revuelto, señalando 25 pulgadas y 10 ó 11 lineas. Los vientos que más suelen reinar en este mes son los Sud-Sud-Oeste, Sud-Oeste y Nord-Nord-Oeste.

Si en el mes de setiembre empieza a sufrir un cambio general la naturaleza toda, no debe ser estraña a esta influencia la salud del hombre. Y así sucede en efecto; pues ya por los cambios meteorológicos y atmosféricos que sobrevienen, ya por los excesos que continúan haciéndose en el régimen alimenticio, ya por las muchas otras infracciones que siguen cometiendo, como siempre, en las reglas higiénicas, las enfermedades no escasean en dicho mes. Obsérvanse muchas intermitentes de todos tipos, que es preciso apresurarse a corregir conforme la ciencia aconseja, según que sean simples ó complicadas, que es lo más común; pues si se las abandona, se prolongan por todo el invierno, comprometiendo a la larga la vida del enfermo, por las diferentes y siempre rebeldes lesiones orgánicas que producen. También se padecen en este mes con harta frecuencia: fiebres gástricas y biliosas; alteraciones del tubo digestivo, que se manifiestan las más veces por diarreas, disenterias y aun cólicos más ó menos violentos; reumatismos, neurosis, anginas, erisipelas y viruelas; catarros nasales, laringeos, bronquiales y hasta pulmonales; y por último, pleuresias y pulmonías de las que Stoll llamó biliosas, pues el elemento bilioso ó policólico juega por lo general en todas las enfermedades de este mes.

Los males crónicos suelen tomar en setiembre un fatal incremento, pues de ellos sucumben muchos enfermos; y ya por esto, ya porque las enfermedades agudas suelen hacerse mortales, sin que cedan, por sus complicaciones, al tratamiento mejor ordenado, las defunciones en este mes son más numerosas que en el de agosto.

Por último, recordaremos a nuestros profesores lo que ya hemos insinuado y que viene consignando la ciencia desde su fundador, esto es, que en setiembre las enfermedades todas cambian esencialmente de carácter por el predominio que adquieren los órganos abdominales; de manera, que las más vienen a complicarse con fenómenos gastro-hepáticos; circunstancia que es menester tener muy presente al establecer el tratamiento.

Resumen de las observaciones meteorológicas hechas en el Real Observatorio de Madrid en el mes de marzo de 1862.

El temporal húmedo y ventoso de fines de febrero continuó riendo a principios de marzo, y con frecuentes alternativas, aunque sin variar nunca de carácter, se prolongó hasta la conclusión del mes. En el día 1.º hubo niebla por la mañana, llovizno después, y se mantuvo el cielo completamente encapotado: el 2, a más de lluvioso y revuelto, fué tempestuoso al fin; y en los 3, 4 y 5, variables, húmedos y agitados por repetidas ráfagas de viento, se rasgaron y fueron dispersando las nubes poco a poco. Los 6 y 7 trascurrieron bastante tranquilos y velados en gran parte por celajes; pero en cambio en los siguientes días 8 y 9 se desató un huracán furioso, se espesaron las nubes, y cayeron algunos aguaceros, volviendo el 10 a serenarse un poco la atmósfera y a calmarse a ratos el viento.

Como el 10, aunque más encapotado, trascurrió el 11; los 12, 13 y 14 fueron días de lluvia y viento fuerte; nubosos y variables los 15 y 16; cubierto y de lluvia el 17; encapotado y revuelto el 18, y de lluvia y viento violentísimo los 19 y 20.

Despejóse la atmósfera bastante, sin que se calmara el viento, en el 21, y con celajes sueltos y ténues y ligera brisa trascurrieron los 22 y 23, volviendo a espesarse de nuevo las nubes y a soplar el viento de un modo sensible, aunque no impetuoso, en el 24. Durante la noche del 25 llovió con abundancia, y hubo relámpagos difusos, sin truenos perceptibles; la mañana del 26 fué nubosa, muy templada y tranquila, en tanto que por la tarde sopló el S. con fuerza irresistible, y por dos veces consecutivas se formó y descargó una tempestad; fué el 27 variable y ventoso; tempestuoso y huracanado como el 26, el 28 por la tarde; revuelto y algo lluvioso el 29; semejante al anterior el 30; y muy ventoso, con nubes sueltas cada vez en menor número, el 31.

Del día 1, húmedo y poco lluvioso, al 2, de mucha lluvia con amagos de tempestad, experimentó la columna barométrica un descenso de más de 7mm, y una subida de cerca de 18mm del 3 al 5 inclusive, época en que por entonces cesó de llover, se despejó parcialmente la atmósfera, y pasó el viento desde el S. O., por el N. O. y N., al E., regresando luego por el S. a su dirección primitiva. De 710mm, altura correspondiente al día 5, descendió el mercurio a 702mm,5 en el 8; pero en este día, especialmente ventoso, comenzó de nuevo a

subir con rapidez, y al final de la 1.ª década pasaba ya de 712mm. De los 10 y 11, nubosos y un poco revueltos, al 12 día de lluvia, ocurrió un nuevo descenso, que, con ligeras fluctuaciones, continuó observándose hasta el 20. Del 20 al 25, época en que cesaron las lluvias, disminuyó la humedad, y se fué apaciguando el viento, subió el barómetro cerca de 14mm; pero desde el 25 comenzó a descender; llegó el 26 a su mínima altura durante este período; osciló fuertemente aunque con indecisión en los 4 días siguientes; y del 30 al 31, en que se desencadenó un N. O. fuertísimo, que barrió las nubes que empañaban la atmósfera, pasó de 696mm,7 a 709mm,7.

Durante la 1.ª década las temperaturas medias de los días se diferenciaron poco de la media final, salvo en el día 7, que fué el más caluroso de este período. En los días 11 y 12 hubo un nuevo incremento de calor, un descenso sensible el 15, y una nueva subida a principios de la 3.ª década. Del 25 al 26, en fin, la temperatura se conservó muy elevada; y esto, unido a la mucha humedad de la atmósfera, a la escasa presión atmosférica, y el predominio y violencia de los vientos del S. y S. O., comunicó al período carácter tempestuoso.

En todo el curso del mes apenas trascurrió un día de verdadera calma, siendo muy considerable el número de días de viento fuerte, con ráfagas violentísimas, separadas por ligeros intervalos de reposo, según queda ya manifestado. Hasta el día 10 soplaron principalmente vientos del S. E. al S. O., con escursiones al E. y N. O.; del 10 al 20 se mantuvo la veleta entre el S. y S. O., inclinándose al N. O. al principio del período y hacia el N. E. luego; y del 20 al 31 fué pasando el viento poco a poco del E. al S., al S. O., O., y por fin al N. O.

BARÓMETRO.

	1.ª década.	2.ª	3.ª
	mm	mm	mm
Am a las 6 m.	702,95	705,57	699,56
Id. a las 9.	703,65	705,92	700,59
Id. a las 12.	703,64	705,40	700,18
Id. a las 3 t.	702,97	702,42	699,24
Id. a las 6.	703,35	702,65	699,50
Id. a las 9 n.	703,89	702,84	700,17
Id. a las 12.	704,09	702,65	700,29
Am por décadas.	703,51	705,06	699,90
A. máx. (días 10, 11 y 31)	712,77	712,95	709,67
A. mín. (días 2, 20 y 28)	690,57	692,95	691,57
Oscilaciones.	22,20	20,00	18,10
Am mensual.	"	mm 702,06	"
Oscilacion mensual.	"	22,20	"

TERMÓMETRO.

	1.ª década.	2.ª	3.ª
	°	°	°
Tm a las 6 m.	4,9	5,4	6,7
Id. a las 9.	7,5	7,7	9,8
Id. a las 12.	10,9	11,2	13,3
Id. a las 3 t.	11,8	12,2	14,4
Id. a las 6.	9,7	9,7	11,8
Id. a las 9 n.	7,9	8,2	10,0
Id. a las 12.	6,8	7,1	9,0
Tm por décadas.	8,5	8,8	10,7
Oscilaciones.	17,0	17,6	19,7
T. máx. al sol (días 6, 14 y 25)	28,8	27,9	55,8
T. máx. a la sombra (días 7, 12 y 23)	18,3	18,7	22,7
Diferencias medias.	6,4	4,8	5,2
T. mín. en el aire (días 4, 16 y 22)	1,3	1,1	3,0
T. por irradiación (días 5, 16 y 22)	-1,0	-0,2	1,3
Diferencias medias.	2,0	1,0	1,1
Tm mensual.	"	9,4	"
Oscilacion mensual.	"	21,6	"

PSICRÓMETRO.

	1.ª década.	2.ª	3.ª
Hm a las 6 m.	95	95	93
Id. a las 9.	89	93	79
Id. a las 12.	74	81	72
Id. a las 3 t.	66	69	70
Id. a las 6.	77	80	73
Id. a las 9 n.	88	81	78
Id. a las 12.	90	88	82
Hm por décadas.	82	81	79
Hm mensual.	"	82	"

ATMÓMETRO.

	mm	mm	mm
Em por décadas.	1,9	1,7	2,4
E. máx. (días 8, 12 y 23)	3,9	3,1	3,9
E. mín. (días 3, 19 y 27)	0,8	0,3	1,7
Em mensual.	"	mm 1,9	"

PLUVIOMETRO.

Días de lluvia.	15
Agua total recojida.	71mm,8
Id. en el día 2 (máximo).	15 1/2

ANEMÓMETRO.

Vientos reinantes en el mes.

N.	5 horas.	S.	112 horas.
N. N. E.	8	S. S. O.	77
N. E.	32	S. O.	160
E. N. E.	5	O. S. O.	52
E.	26	O.	63
E. S. E.	27	O. N. O.	19
S. E.	12	N. O.	97
S. S. E.	48	N. N. O.	1

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—Con un calor de 30° y soplando un viento S-E. principió la última semana del corriente mes; mas habiendo saltado aquel al S-S-O., levantó una fuerte tempestad en la tarde del martes 26 que refrescó la atmósfera, siguiéndose una temperatura agradable de 23°, aunque algo fresca por las mañanas y noches, por reinar el N-E. El barómetro a las 26 pulgadas y de una á tres líneas; y la atmósfera despejada, revuelta y tempestuosa.

Algo variaron las enfermedades reinantes despues de la tempestad; así que aunque continuaron las fluxiones á la boca, ojos y oídos, las calenturas gástricas y las intermitentes, estas no tomaron el carácter pernicioso y aquellas se hicieron más benignas, curándose más pronto; algo se aumentaron los casos de dolores reumáticos y nerviosos, de anginas, de erisipelas, aunque de un modo benigno. Entre los exantemas se presentaron algunos enfermos con viruelas y sarampion.

La mortandad fué escasa, como suele suceder por este mes todos los años.

Reuniones periodísticas.—En la celebrada el lunes último solo hubo tiempo para tratar del artículo que con el título de VERDADES AMARGAS apareció en nuestro número anterior. Las opiniones que en uso de su derecho ha emitido en el espresado artículo uno de nuestros más ilustrados colaboradores, no han merecido, por lo visto, la aprobación de la mayoría de los directores de la prensa médica, la cual se presentó aquella noche en actitud hostil, exigiendo que El Siglo Médico manifestara no hallarse de acuerdo con el autor del referido artículo. Admirado y sorprendido el Sr. Benavente, único representante de nuestra Redacción que asistió á la junta, de los efectos producidos por las VERDADES AMARGAS, manifestó que el artículo no era de la Dirección, sino de un respetable colaborador corresponsal que era dueño de escribir como lo había hecho, sin que El Siglo tuviera necesidad de decir por entonces si estaba ó no conforme con sus opiniones. Que los demás periódicos podían escribir cuanto quisieran contra las doctrinas del autor, y que ya verían en lo sucesivo de qué manera opinaba El Siglo en esta y otras cuestiones. Cualquiera hubiera creído al ver la importancia que se daba al artículo del Sr. D. Claro Verdido Cantarini, que se trataba de una proclama subversiva; pero luego que el Sr. Benavente dió las anteriores explicaciones, que fueron apoyadas en parte por el señor Manté, representante de El Semanario Médico, se mostraron satisfechos todos los individuos de la junta, y terminó pacíficamente la sesión á las diez de la noche. En la de mañana se discutirá en su totalidad el dictamen de la mayoría de la comisión sobre arreglo de partidos.

Aclaracion.—Accediendo á los deseos de La España Médica debemos manifestar, que el dictamen de la comisión de la prensa sobre la cuestión de partidos pertenece solo á la mayoría de la comisión, constituida por los Sres. Cuesta, Manté y Borrel; y que los Sres. Andrés y del Busto, que no aceptan el proyecto del señor Cuesta ni aun con las modificaciones hechas en él, se reservaron el derecho de presentar un voto particular.

Preliminares.—Hemos sido invitados para arreglar la cuestión que tenemos pendiente con El Genio Quirúrgico. Como nos agrada siempre tratar nuestros asuntos en familia, mejor que en los tribunales, hemos aceptado aquella invitación. Así nos libraremos del disgusto que nos proporcionaría el meternos tambien por nuestra parte á denunciadores, como habria necesidad de hacerlo en otro caso, por muy grande que fuera nuestra repugnancia.

Manicomio.—Se ha recibido en el Ministerio de la Gobernación el plano de un magnífico manicomio, que para las ocho provincias de Andalucía se ha de construir en el antiguo convento de la Cartuja de Jerez de la Frontera.

Médicos forenses.—Ha pasado á informe del Consejo de Sanidad el expediente de los facultativos de la Beneficencia provincial de esta Corte, solicitando la modificación de los artículos 12, 13 y 14 del Reglamento de médicos forenses.

Queja fundada.—El Sr. D. Antonio de Grazia y Alvarez, nuestro laborioso y entendido colaborador en Puerto Real, nos suplica llamemos la atención de quien corresponda, sobre que hace siete meses remitió franqueada por correos y hasta con dos sellos más, una Memoria á la Academia Imperial de medicina de Paris, y aun no la ha recibido esta Corporación, según aviso del jefe de la se-

cretaría de la misma, sin que el interesado haya podido averiguar hasta ahora, el paradero de su trabajo. No se admire de esto nuestro querido amigo, pues á nosotros nos está sucediendo todos los días otro tanto, ya con los escritos, ya con las letras y libranzas que nos remiten de las provincias. Donde esté la causa de semejantes estravios, no nos atreveremos á decirlo; pero ello es que existe, y que con una cosa tan sagrada como es la correspondencia debía haber más cuidado y celo.

Nombramiento.—Para la plaza de médico tercero de número de la Beneficencia provincial de Valencia, dotada con el sueldo anual de 6,000 rs., ha sido nombrado el Sr. D. Vicente Lopez y Ramon, que ocupaba el primer lugar de la terna remitida por el tribunal de oposiciones.

Establecimiento de cátedras en Paris.—En la Escuela de medicina de Paris se han creado cinco cátedras de enfermedades especiales, á saber: una de enfermedades de la piel, otra de enfermedades sifilíticas, otra de enfermedades de los niños, otra de enfermedades nerviosas y mentales, y otra de enfermedades de las vías urinarias. Estas cátedras solo podrán desempeñarlas los médicos ó cirujanos de los hospitales. Los profesores serán nombrados por el Gobierno, á propuesta de la Facultad, la cual presentará dos candidatos para cada cátedra, y el nombramiento se hará únicamente por tres años. Esta disposición del Gobierno ha merecido la aprobación general, pues así podrán ser utilizados y difundirse los profundos conocimientos especiales que con la práctica y el estudio han adquirido algunos de los facultativos de los hospitales.—Sería de desear que en España, donde no faltan profesores especiales, se imitara el ejemplo que ha dado el Gobierno francés.

Fallecimiento.—Ha muerto en Montpellier á la edad de 82 años el Sr. Marcelo de Serres, profesor de geología en la Facultad de ciencias de dicha ciudad.

Destrucción de las orugas.—Segun el Journal d'Agriculture progressive, se consiguió este objeto poniendo una estufilla portátil llena de ascuas debajo de los árboles atacados por la oruga, y echando sobre los carbonos una mezcla de resina y azufre en polvo. Se pasea la estufilla por debajo del árbol para que el humo penetre entre todas las ramas, y las orugas perecen asfixiadas en el acto ó poco despues. En el caso de quedar algunas, nunca resisten á una segunda fumigación.

VACANTES.

Lo están. Las dos plazas de médico-cirujano de Hervás, provincia de Cáceres, su población 914 vecinos; dotación de cada una 3,000 reales pagados trimestralmente de ingresos municipales, y además las iguales con los pudientes. Además está tambien vacante la de ministrante-sangrador para asistir á los pobres en todo lo relativo á su clase; su dotación 2,000 rs. satisfechos en igual forma que á los facultativos, y además las iguales. Las solicitudes para estas tres vacantes, hasta el 24 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Valleruela de Sepúlveda y un anejo, provincia de Segovia; dotada con 12,000 rs. y casa de balde. Las solicitudes al Sr. Gobernador de la provincia hasta el 15 de setiembre.

—La de médico de Mendigorría, en la provincia de Navarra; con la dotación anual de 9,000 rs. ya satisfechos de fondos municipales en fin de cada trimestre, libres de toda contribución y carga vecinal. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes al presidente del ayuntamiento hasta el 14 de setiembre próximo, en que se proveerá la plaza con arreglo al pliego de condiciones aprobado por el Gobierno de provincia.

—La de médico de Puentesauco y sus dos agregados, provincia de Segovia; su dotación 1,500 rs. y casa, pagados de los fondos municipales por asistir á los pobres y casos de oficio, y además 10,080 por asistir á los pudientes pagados por iguales. Las solicitudes al Sr. Gobernador hasta el 12 de setiembre.

—La de cirujano de Fresnedoso, provincia de Cáceres; su dotación 4,000 rs. pagados trimestralmente de fondos municipales por asistir á los pobres, y las iguales con los pudientes que ascenderán á 5,000 reales. Las solicitudes hasta el 13 de setiembre.

—La de cirujano de Valdecañas, provincia de Palencia; su dotación 160 fanegas de trigo que cobrará de los vecinos. Las solicitudes hasta el 13 de setiembre.

—La de facultativo de nueva creación en la 11.ª sección del tercer distrito del cuerpo de la hospitalidad domiciliaria de esta Corte. Las solicitudes durante nueve días al secretario de dicha Junta, plazuela de Santa María.

—La de farmacéutico de Ojos Negros, provincia de Teruel; su dotación 250 rs. por la titular de pobres y 575 rs. por el resto del vecindario; además hay otros anejos, cuyas asignaciones son por separado. Las solicitudes hasta el 7 de setiembre.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, R. SANFUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1862.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, pral.